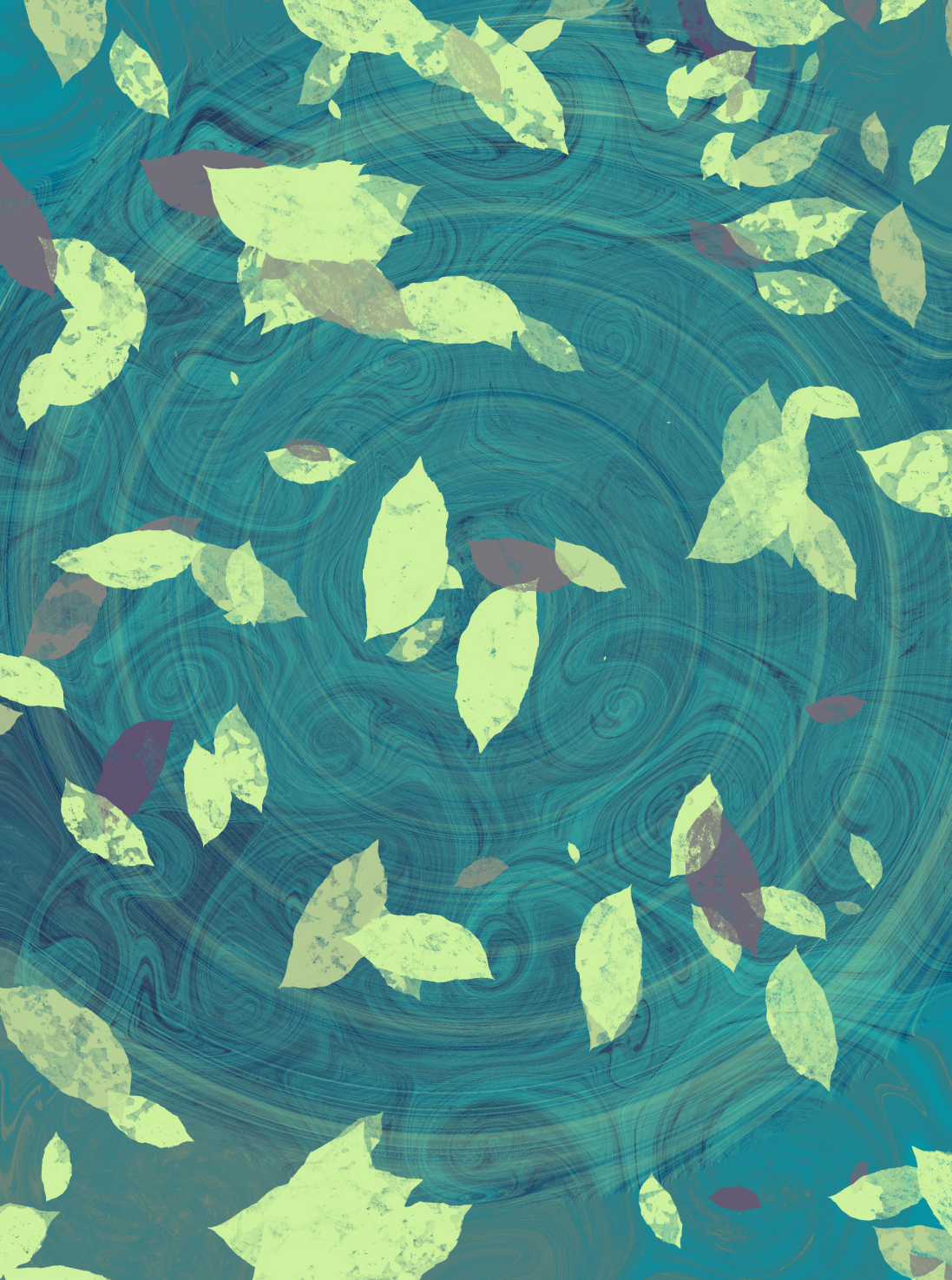


5 ESTAMPAS DEL HIJO

Yanko Molina

Traducción al portugués: Fernanda Aguirre
Ilustraciones de Fernando Yukich



5 ESTAMPAS DEL HIJO

5 ESTAMPAS DEL HIJO

© del texto en español: Yanko Molina

© de la traducción al portugués: Fernanda Aguirre

© de la ilustración: Fernando Yukich

© de esta edición: Universidad del Azuay, Casa Editora, 2025

ISBN: 978-9942-54-026-3

e-ISBN: 978-9942-54-027-0

EPUB-ISBN: 978-9942-54-028-7

Corrección de estilo en portugués: Paulo Condini

Corrección de estilo en español: Franklin Ordóñez

Diseño y diagramación: Andersson X. Sanmartín

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
en Cuenca del Ecuador 2025

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Consejo editorial / Universidad del Azuay

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

5 ESTAMPAS DEL HIJO

Yanko Molina

Ilustrador: FernandoYukich · Traducción al portugués: Fernanda M. Aguirre



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora





Primera



Sentía la presión de los pedales bajo sus pies, el alternado juego de fuerzas que desequilibraban la bicicleta sin que pudiera evitarlo. Oía a sus espaldas la respiración del padre, los pesados pasos marcando el ritmo de su avance. El manillar le bailaba entre las manos y los radios de las ruedas partían el aire con un canto monótono en el que buscaba refugiarse. Tenía miedo de caer, hubiera querido interrumpir el ejercicio que lo hacía sudar bajo la camisa de franela, pero también quería complacer al hombre que lo empujaba y que esa mañana, como cada sábado, había decidido la marcha al parque.

Debía aprender a montar bicicleta. Había sido su regalo de Navidad y parecía imperativo que lo disfrutara. Muy temprano, la metieron en la cajuela del auto y toda la familia se había embarcado con desgano en la monotonía de la salida semanal.

Tenía que aprender, incluso a pesar de que todos debieran perder por su causa la mañana de sábado. Su padre parecía el más aburrido, apenas resignado a cumplir un deber que él mismo se había impuesto.

Los eucaliptos disfrutaban de una brisa que en el suelo era apenas perceptible, pero que batía sus copas haciendo que las hojas entrecocaran y las cabezuelas de los frutos cayeran sobre el pavimento. Las ruedas recorrían los grandes cuadros de concreto que formaban el piso y al pasar de uno a otro se sentía una mínima sacudida. La única seguridad parecía provenir de los grandes brazos del hombre que sostenían el sillín y lo conducía sin que él apenas se diera cuenta. De vez en cuando, veía la mano aferrarse al manubrio junto a la suya, y entonces cambiaba la dirección que su torpeza no era capaz de controlar. Sabía que no podría mantenerse en equilibrio, pero el temor a caer era menos fuerte que el miedo que tenía de decepcionar a su padre. Trataba de concentrarse frunciendo el ceño e imprimiendo toda la fuerza de su peso a cada pedaleada. Solo muy de vez en cuando, volteaba la mirada hacia su mamá. Ella le sonreía desde el graderío en un mudo gesto de apoyo que excluía por unos minutos al hombre que quería arrebatárselo de la seguridad de los brazos femeninos con deberes atléticos que el niño detestaba. Pero enseguida volvía a pedalear, bajando la vista hacia la rueda que giraba bajo su mirada, hacia el suelo poblado de los leñosos frutos del eucalipto que simulaban faroles, sombreros o casitas y que hasta hace poco él recolectaba junto a sus hermanas.

De repente, sintió que los pasos del padre cesaban y que el impulso de su pedaleo era lo único que evitaba que cayera. Lo imaginó sonriendo a sus espaldas, vio a su madre que lo impulsaba

con sus ojos. Fue el cambio en el gesto de la mujer lo que lo alertó: la sonrisa dio paso a una mueca de miedo, a la reconvencción, al mudo insulto o advertencia. Sus dedos se agarrotaban sobre el manubrio incapaces de buscar la palanca del freno. Esperó que su padre se apiadara, que cambiara la dirección, pero en seguida comprendió que estaba muy lejos. Poco después sintió el golpe y cayó de lado.

Había tenido apenas tiempo de mirar a su hermana que se agachaba frente a la rueda recogiendo los frutos del eucalipto, los mínimos faroles grises o marrones. La pequeña niña, que debía cuidar siempre, ahora había sido víctima de su torpeza, y él tenía merecido el escozor que le dejaron los guijarros que se incrustaban en sus manos incapaces de frenar, pero que se alargaron sin problema mientras caía para evitar que golpeará su cabeza. Pensó que debía ponerse en pie, pedir disculpas y sacudir el polvo de las rodillas de su hermana, que ahora lloraba dándole la espalda, caída sobre el pavimento.

Su madre corrió al encuentro de la niña, pero no logró recogerla. El padre estuvo primero, haciendo a un lado al niño tomó a su hermana y, al levantarla, reveló la sangre que le cubría el rostro. Bajo el líquido espeso se perfilaban aún los rasgos contraídos por el dolor y el miedo. Sobre la camiseta, el estampado conocido se volvía una escena terrorífica. Esa prenda, que era la preferida de la pequeña, guardaría para siempre la mancha que, aunque invisible tras las sucesivas lavadas, le recordaría su impotencia, la enorme maldad con la que había dañado a su hermana.

Nuevamente pudo oír los pesados pasos de su padre, que corría con la niña en brazos en dirección al auto. Miró a su



madre bajar por el graderío contra el que la pequeña había caído golpeándose la frente. Su hermana mayor lo miraba con ira. Él no paraba de frotar las manos magulladas contra las perneras del pantalón, buscando en su propio dolor un refugio contra la culpa. La bicicleta seguía caída a su lado, el objeto que debía ser su más preciada posesión era ahora el testigo de su derrota. Pero no podía dejarla en el parque, se agachó a levantarla y sintió que su madre lo ayudaba, la mujer había llegado a su lado y le pasaba el brazo sobre el hombro. “Fue un accidente”, le dijo, y comenzó a caminar los pocos metros que los llevarían hasta el carro. Él empujaba la bicicleta sin saber dónde dejarla, mientras su hermana los seguía y trataba de mantenerse unos pasos atrás, a salvo de la sombra de la culpabilidad. En el pavimento, se veían relucir los goterones de sangre fresca.

No podían perder tiempo acomodando la bicicleta; luego de descartar que la hermana mayor, niña aún, se quedara cuidándola, se la entregaron a un hombre que se ofreció a aguardar a que volvieran. Cuando se la dio, sintió que sería la última vez que la vería, pero a la angustia por la pérdida inminente se sumó un enorme alivio. Dentro del auto hacía calor, y los gritos de la niña saturaban la cabina con su estruendo que alternaba estertores con alaridos. El padre había ensuciado su camisa y ahora se agitaba tratando de encender el motor. La madre puso sobre sus piernas a la niña y le limpió la cara con un pañuelo. Al apretar los bordes de la herida, paró el sangrado y el llanto se tornó un asesar discontinuo.

Cuando el niño entró para acomodarse en el asiento trasero, notó extrañado que su hermana mayor lo veía con desconcierto, sin ira. Había llegado primero y ahora era él nuevamente el

que impedía que el auto arrancara. Cerró la puerta y partieron. Al mirar atrás, vio al hombre desconocido que arrastraba la bicicleta hacia el parque.

Ya en el hospital, su madre se demoró en explicarles que debían esperar a que volvieran, que buscarían que curaran la herida en la frente. La pequeña se estremecía sin llorar, con los ojos entrecerrados. El padre, impaciente, se había adelantado unos metros y esperaba cerca de la entrada de emergencias. Cuando los adultos desaparecieron de su vista, se dejó vencer por la angustia y sin apenas darse cuenta cedió a la arcada y sintió el vómito que le escocía en nariz y garganta. Su hermana lo miró con rabia y asco. «Puerco», le dijo.

El niño se quedó ahí, junto al vómito, viendo como su hermana se alejaba lo más posible y habría la ventana. Un olor amargo inundó el vehículo e impulsó las lágrimas fuera de sus ojos. Tomó un periódico y trató de secar la mancha que se extendía por el asiento y chorreaba hacia el piso. La vergüenza fue sobreponiéndose a la preocupación y el ahínco de su labor de limpieza lo alejó de cualquier otro pensamiento.

Luego de unos minutos, oyó que su hermana se bajaba del auto y la vio correr hasta encontrarse con su padre. El hombre sonreía mientras la tomaba de la mano. Solo unos pasos atrás, venía la madre con la pequeña en brazos. El muchacho también bajó y corrió hacia la mujer. Evitó ver a su padre, que ahora lo ignoraba. En la cara de la niña se veía una gaza que le atravesaba la frente desde el nacimiento del pelo a la ceja. Sus ojos estaban opacos y la respiración era pausada, como si estuviera a punto de dormirse. «Apenas va a quedar cicatriz», le dijo la madre. El niño pensó que era mentira, pero se resignó a creerlo mientras hundía su cara en el conocido olor del vientre de la mujer.



Segunda



El muchacho sonreía mientras apretaba la pistola con ambas manos. Su padre lo observaba de cerca y le aconsejaba que abriera lo más posible la boca, de manera que el estrépito del disparo no repercutiera sobre los oídos. Los demás niños, que en ese momento no eran más que testigos, separaron también las mandíbulas y esperaron el estampido. El ruido se extendió por la quebrada, sobre el bosque, pareció llenarlo todo de un vigor que emparejaba con la euforia de los chicos que acababan de lograr el ascenso a la montaña. Luego, sucesivamente, todos tomarían el arma en sus manos y sentirían la angustia del retroceso, la repentina euforia del disparo.

El hombre, un militar, los había guiado en una caminata que partió desde su casa y ascendió por las faldas del volcán, atravesando un bosquecillo y escalando una caída de agua, en la que había sido la más grande aventura de sus candorosas vidas. Después, comieron los sánduches que sacaron de sus mochilas y, uno tras otro, dispararon. Ya por la tarde, los muchachos bajaban corriendo, mientras el hombre acompañaba al rezagado, que con los pies adoloridos se había sentido incapaz de resbalar y rodar por la ladera. El hombre parecía imponente en su uniforme. Había resultado extrañamente próximo durante todo el paseo. Solícito en cada instante, siempre alentando a su hijo, pero sin descuidar a los otros niños cuando necesitaron su ayuda.

Ahora, lejos de la montaña, se veía más pequeño, había cambiado el uniforme por una camisa y una chaqueta remotamente marcial, como si la posibilidad de parecer un civil lo avergonzara. Pasaba el brazo sobre los hombros de su hijo y esperaba en una fila a las puertas de la capilla. Todos habían acudido a cumplir el rito de la confirmación. El muchacho que se había rezagado en el descenso de la montaña ya no lograba captar su atención. Su padre, al contrario de los de sus amigos, no iba a ser su padrino. Probablemente se había negado a participar en una ceremonia que, como todo lo que tuviera que ver con la religión, le parecía territorio exclusivo de las mujeres. Por eso, su madre había recurrido al tío del muchacho que, sin embargo, no llegaba.

La fila empezó a moverse y el niño comenzó a desesperar. Las nerviosas conversaciones habían cesado y ahora todos se concentraban en cumplir los ensayados pasos del ritual. Absortos en su papel, padres e hijos lo ignoraban. ¿Le permitirían entrar



solo? El tío no llegaba y era muy probable que hubiera olvidado la ceremonia. La fila seguía avanzando y ya se podían oír las voces destempladas de los feligreses que desentonaban en la larga canción que daba inicio a la confirmación.

Por un momento, la cola se detuvo, y el muchacho sintió que era la última oportunidad para que el tío llegara. Buscó a su madre, que había salido de la iglesia y lo miraba desde la puerta. La interrogó con los ojos, pero ella parecía ignorarlo despreocupada. Solo entonces miró a su padre acercándose. Caminaba rápidamente. Vestía un traje gris –con líneas claras apenas perceptibles–, que hacía que sus hombros lucieran aún más anchos. Al llegar junto a él, saludo a los niños que conocía bien, también a los padres, con un dejo de superioridad, casi de muda amenaza. Fue, por unos minutos, una presencia intimidante, enorme y brutal. Entonces, bajó la vista y le sonrió. «Yo voy a ser tu padrino», dijo, y se colocó a su lado, formado la doble fila que en ese momento volvió a avanzar.

Los hombres que lo rodeaban parecían diminutos. Insignificantes en sus galas de iglesia. Más insignificantes junto al hombre que había tomado el control y los despreciaba mientras pasaba su brazo por sobre el hombro de su hijo. El militar ahora parecía perdido, como si el mundo de los adultos lo intimidara. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y el niño pensó que estaría buscando la pistola sin la cual estaría perdido ante la arremetida de su padre. Pero no hacía falta más que la mirada del hombre que lo abrazaba para que el otro desviara sus ojos.

Entonces, cuando ya no lo esperaban, apareció el tío. El aliento delataba la borrachera reciente. Era delgado y sus iris verdes ahora se volvían transparentes sobre las ojeras. El padre

no se permitió ni siquiera la violencia. Apenas le dio una palmada condescendiente en la espalda. Todo iba bien. No lo necesitaban. El otro hombre se retiró avergonzado.

Dentro, la iglesia estaba fresca a pesar de la mañana soleada. Se sentaron colmando las sillas delanteras y repitieron los pasos del ritual según los habían repasado durante meses en el catecismo. Algunos padres apretaban las manos de sus hijos en un gesto que al muchacho le pareció enormemente cursi. Él se limitó a ver a su padre y sorprenderse de que a cada momento supiera lo que debía hacer. Cuando lo acompañó frente al altar, no pudo evitar mirar de reojo cuando el cura le golpeó la mejilla en el punto más solemne de la ceremonia. Tenía le ceño apenas fruncido pero parecía más ausente que preocupado.

Al final, cuando salieron de la iglesia, los niños y los padres se despidieron. El muchacho volvió a sorprenderse de la reverencia que los demás adultos mostraron ante la displicencia de su padre. «Te cacheteó el cura de mierda», le dijo en los instantes que estuvieron solos mientras se acercaban a su madre y hermanas. El muchacho se espantó ante la irreverencia, pero bastó que alzara la mirada para que notara la guasa. Ambos sonrieron. Eran cosas que podían decir los hombres.



Tercera



Aún se podía percibir la antigua disposición de la casa: el salón se había dividido con mamparas de cristal y ahí estaban la recepción y el espacio donde los pacientes aguardaban para ser atendidos. Detrás, corría el pasillo que antes conduciría otras habitaciones, pero que ahora llevaba hacia lo que los rótulos anunciaban como Quirófano y Rayos X. Por unas escaleras –en las que el parquet había sido recubierto por una franja de linóleo, que se adhería a los escalones con varillas–, se accedía a los consultorios.

Todo, sin embargo, tenía un aspecto decoroso y aséptico. Ya habían visitado la clínica antes y las cosas parecían fluir apaciblemente. Por lo menos, ahora, todo eran certidumbres. La chica se orientaba perfectamente, guiaba al hombre que se dejaba llevar de la mano. La primera vez que estuvieron, el médico

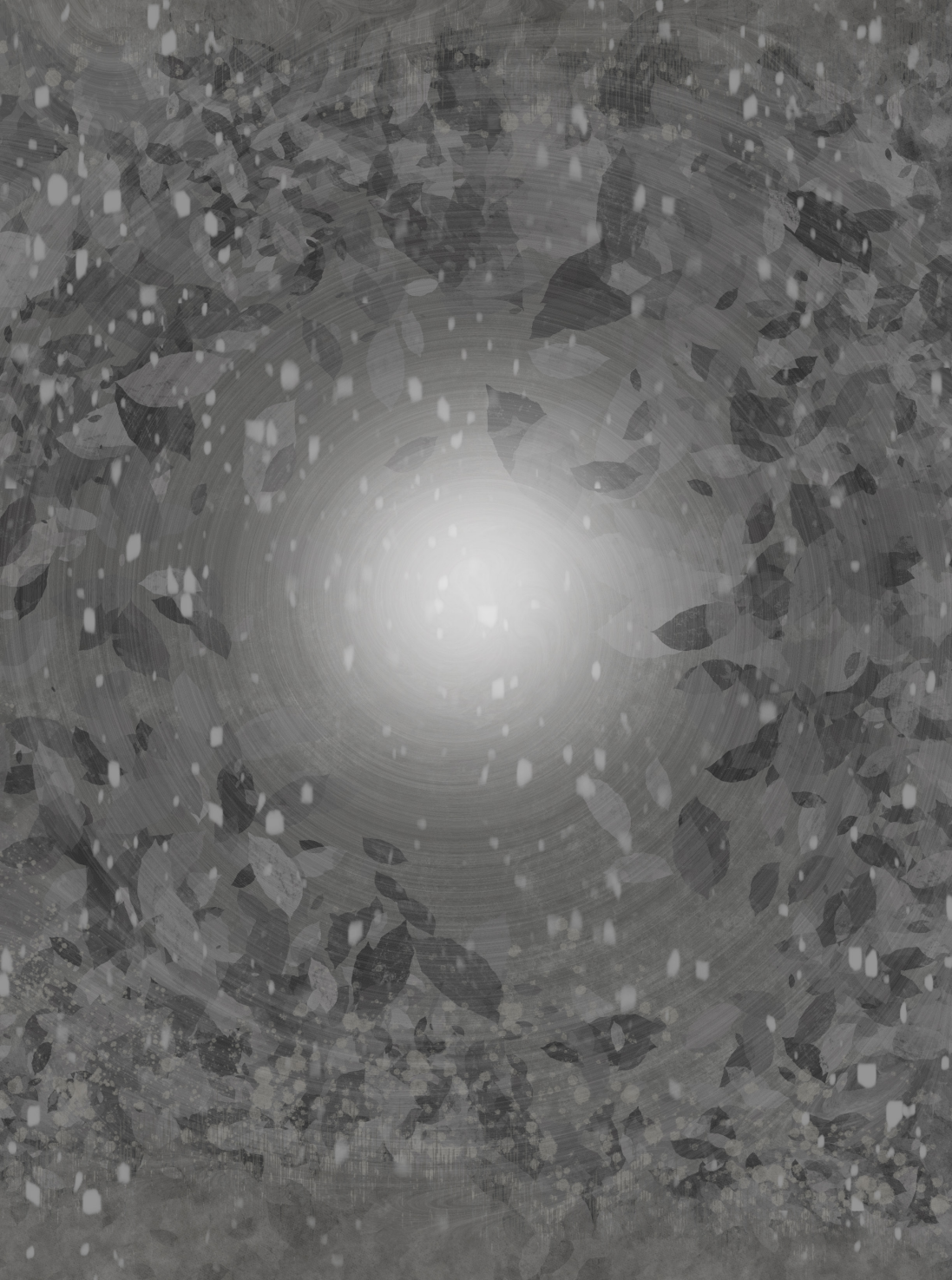
—un cubano de calva brillante, con un mandil que quedaba estrecho sobre su panza prominente— los había atendido en un consultorio espacioso, en el que ella había dejado al aire un vientre extrañamente plano, sobre el que le untaron, quizá con excesiva meticulosidad, el gel de la ecografía. Entre las manchas, él no alcanzó a ver más que movedizos grises en los que apenas se intuía la oscura forma de las vísceras, pero el médico señaló sin dudarle un punto: el huevo implantado. El hombre sonreía tontamente, pero cambió la expresión cuando cruzó los ojos con ella, que lo increpó con una imperiosa mirada en la que se podía percibir el desconcierto y la rabia. Le apretó la mano que había tomado desde el principio de la auscultación. Por supuesto, no era un momento para risas, pero al menos era la confirmación que buscaban. El doctor mantenía sus expresiones dentro de una rigurosa jerga científica que ellos agradecieron. Al final, les dio una cita para la semana siguiente y, solo al final, les advirtió de la tarifa y les dio el falso diagnóstico que en adelante deberían mencionar de cara al resto del personal de la clínica: grado de un embarazo anembrionario.

Ahora, volvían. Ella se anunció con la recepcionista, que le informó que el médico la esperaba. El hombre pretendió quedarse fuera, pero la chica lo retuvo a su lado y los condujeron por el pasillo hacia el interior. Tras las cortinas verdes que pretendían crear intimidad en medio del corredor, una mujer lloraba y quien debía ser su esposo la reconvenía acremente, aunque sin violencia. Parecía improbable que la enfermera que los condujo ignorara el verdadero fin de los procedimientos, sin embargo, el médico repitió el falso diagnóstico y pidió que les entregaran los formularios con la autorización para la cirugía. El hombre

los revisó por encima y firmó. Mientras, la muchacha tomó un paquete de manos de la enfermera y se ocultó tras de un biombo. Al salir, llevaba una bata que apenas ocultaba sus formas y unos zapatos de tela que se ajustaban a sus tobillos con un elástico. Entró por sus propios pies a lo que les fue anunciado como un procedimiento sencillo de menos de treinta minutos.

Dentro, ella se recostó sobre la camilla ginecológica y dejó que le amarraran los brazos con cintas apenas simbólicas, que le colocaran un suero que pronto pudo ver gotear. Sentía más ira que tristeza. Mientras subía las piernas hasta colocarlas en los reposos metálicos, hacía las cuentas sobre las posibles veces en las que podía haber quedado embarazada. Los cuidados, evidentemente, habían sido insuficientes. El intermitente zumbido de las máquinas parecía cronometrar su angustia. Tenía miedo. Un terror que se le enredaba entre las piernas, tan miserablemente expuestas. Temía al dolor, a la enfermedad, la atenazaba el temor de no poder, nunca más, tener hijos. Estaba segura de no quería tener este, al menos no con el hombre que la esperaba fuera, que era solamente un paliativo contra la soledad. El médico le sonrió bajo la máscara quirúrgica y le dijo que contará desde el diez hacia atrás. El acto mecánico la tranquilizó, y puso todo su esfuerzo en concentrarse en esa tarea mínima. Pronto, se quedó dormida.

El hombre esperaba afuera. La puerta del quirófano dejaba pasar el murmullo de los diálogos entre el que no se lograba discernir las palabras. Luego, un silencio casi completo y, de repente, gemidos. Imaginaba instrumentos penetrando en el cuerpo indefenso y nuevamente escuchaba los sollozos, al principio como lamentos apenas audibles y luego mínimos



alaridos que no pudo evitar que le recordaran al placer. Sentía angustia y culpa. No podía evitar los rezos que acudían a su mente desde la infancia.

Antes de media hora, el médico empujaba una camilla donde la chica yacía dormida. El pelo se le había pegado al cráneo y la cara sin ningún maquillaje era la de una niña. Bajo la bata, que estaba levantada por encima de la cintura, se veía una enorme compresa sanitaria, y en los muslos hilillos de sangre que se había vuelto espesa mientras se secaba. El médico miró al hombre con una indiferencia condescendiente y cacheteó suavemente a la muchacha mientras le increpaba que despertara. Aún llevaba el gorro verde sobre su cabeza calva y la mascarilla colgaba de su cuello. Cuando la paciente estuvo despierta, le estrechó la mano al novio y se marchó luego de darle unas mínimas instrucciones y de extender una receta. «Los medicamentos puede comprarlos aquí, en la farmacia», le dijo, y pudo sentir en medio del acento caribeño, la desmesurada superioridad que le daba el desprecio.

La muchacha había despertado para volver a quedarse dormida. El hombre la veía respirar reposadamente. A veces, volvían los gemidos, apenas como la ampliación de un suspiro. La había tapado con una sábana, que no era suficiente para retener los temblores. Una hora después, empezó a frotarse los ojos y le pidió agua. Él salió para preguntar a la recepcionista, que le entregó un vaso para que lo llenara en el garrafón sobre la mesa junto a la puerta. Fuera, los automóviles corrían en pos del escape que a él le estaba negado.

Al volver, ella se vestía. Agradeció el agua, pero dejó el vaso sin beber sobre la camilla. Le dolía el vientre y se sentía mareada, pero quería marcharse. El frío la hacía tiritar y las manos hubieran

sido incapaces de cerrar botones. Habían traído un pantalón negro, que se ajustaba a la cintura con un cordón, y se felicitó de haber pensado en la facilidad para colocarlo y el color que no dejaría ver la sangre. Recordó también la habitación que habían alquilado en el hostel, con el pequeño recibidor y la enorme cama.

—Nos vamos —le dijo.

El hombre asintió con un gesto y volvió a la recepción para pagar la cuenta. Sacó los billetes, contó el importe y separó también lo que calculó que costarían las medicinas. Apenas hubiera alcanzado a tener lo suficiente si no hubiera sido por la muerte de su padre y la mínima herencia que le había correspondido. Pensó en su madre, aún llorosa, en sus hermanas. Sintió vergüenza, pero también alivio.

Regresó con la chica y la encontró de pie junto a la camilla, apoyándose apenas. Su rostro dejaba ver cansancio y dolor, pero sonrió con una resignación estoica. El hombre fue a buscar un taxi y le pidió que esperara en la puerta. Cuando volvía a entrar, ella estaba levantándose de uno de los sillones de la recepción. Cogió el bolso y le ofreció el brazo que ella tomó. En el auto, volvió a quedarse dormida, aunque el recorrido fue apenas de pocos minutos.

Esa noche, la chica apenas tuvo tiempo de sentir el remordimiento antes de ceder al reposo inducido por la anestesia. La mañana fue una sucesión de náuseas, punzadas dolorosas, y una hemorragia sostenida, mayor que la de la menstruación. El hombre se había marchado a trabajar y la chica se dedicó a compadecerse y ver películas insulsas en la televisión. Apenas podía leer, y el malestar no la dejaba dormir.

Ya cerca del mediodía, el hombre regresó al hotel, saludó con la recepcionista con un gesto de la cabeza y tomó el ascensor. Mientras subía, sintió la llave con el gran llavero de madera en su bolsillo. Apenas había logrado concentrarse en las clases que debió dictar esa mañana. Únicamente pensaba en volver. Sin embargo, al llegar a la puerta, se detuvo un momento dudando si debía entrar de inmediato en el universo oscuramente femenino de la convalecencia. Lo tomó como un deber, una imposición que tenía que cumplir. Ya dentro, sonrió a la chica que se incorporó en la cama y le ofreció sus labios para que la besara. Parecía alegre. Adoptaba las maneras infantiles que él había aprendido a interpretar como preludios del deseo, o al menos de la ternura. Esa cotidianidad recuperada lo relajó. No había desayunado, de manera que la propuesta de que pidieran el almuerzo a la habitación lo entusiasmó como un primer paso hacia la normalidad. Ella ya había escogido el plato que deseaba y le sugirió a él qué debía ordenar. Comieron con un apetito voraz y las únicas referencias al aborto fueron las de los dolores que aún persistían, y para los que ella tomó las medicinas junto con el jugo de fruta.

El hombre se sintió reconfortado. Apenas debía acompañar la convalecencia y estaría nuevamente en la diaria batalla de la conquista, del acecho a esta mujer, que lo rechazaba sin dejarlo nunca marchar. El teléfono sonó desde la recepción y él lo tomó entusiasmado. Reconoció enseguida la voz de la mejor amiga de la chica. Había sido ella quien les recomendó el médico cubano, pero incluso eso ahora parecía un detalle anecdótico. Apenas preguntó con los ojos antes de dejarla pasar.

Saludaron en la puerta y la amiga entró en la antesala. Desde la habitación, la convaleciente la llamó por su nombre y saludaron a gritos. Avanzaron juntos, pero en las miradas de las muchachas él comprendió que debía quedarse fuera. Buscó un asiento y hojeó una revista. Tras la puerta, primero solamente escuchó murmullos, conversaciones punteadas de exclamaciones y risas, pero pronto el tomo cambió y debió prestar atención para comprender que, ahora, lloraban. Eran gemidos, pequeños alaridos histéricos y el resuello de la respiración agitada. Regresó, entonces, la culpa. Se negó a llorar y lo invadió la impotencia y la ira. Sintió en el vientre la ansiedad y el deseo desesperado de poseer a la mujer y protegerla. Odió al embrión y enseguida lo colmó el arrepentimiento y el temor irracional al castigo. Pronto, la sombra de una enorme tristeza ocultó cualquier otro sentimiento.



Cuarta



Al bajar del taxi, el hombre sintió la angustia del deber, el peso del miedo. Su madre agonizaba con una dignidad premeditada. Había sobrevivido ya, aunque casi sin aliento, las fiestas de diciembre y estaba determinada a morir en el menor plazo posible.

Caminó los pocos pasos que lo separaban del local en el que debía realizar la compra. Al salir, sintió que el sudor de sus manos humedecía la bolsa de plástico en la que la dependienta había envuelto pudorosamente el orinal que su hermana le había pedido que adquiriera para la enferma. La casa de su madre quedaba a pocos minutos de camino. El hombre recorría las calles mirando al piso, como si la contemplación de los árboles y las fachadas pintadas con el dudoso gusto de los colores pastel fuera un placer que lo avergonzara. Al final, ya cerca, disminuyó el paso a pesar

de que sabía que su hermana debía salir de casa, y que ahora era él quien asumiría los cuidados de la mujer que desde hace un par de días permanecía acostada, con la consciencia escurriéndose en ráfagas cada vez más espaciadas.

Su madre había ido cayendo en un desgaste tan paulatino que las primeras noticias de su agonía lo sorprendieron en medio del hastío por la repetición de una rutina que ya duraba meses. El anuncio de que había ingresado al hospital lo topó en la carretera y sintió como un agravio la perspectiva de volver a la ciudad. Su hermana lo recibió en la sala de espera y ambos se sentaron a aguardar noticias desde la unidad de emergencias. Las sillas forradas de vinil verde y la luz de los tubos fluorescentes mostraban la hostilidad de los sitios de paso.

Los días siguientes, la presencia del cáncer fue extendiéndose sobre sus vidas. Entraban y salían del hospital en turnos estrictos. Aprendieron la forma de enfundarse los guantes y padecer la mascarilla, la exacta rutina que obligaba a cubrir las manos antes de tocar la bata y solo entonces ponerse el tapabocas que los forzaba a respirar su propio aliento. Las horas en la habitación transcurrían alternando largos periodos de hastío con instantes de intensa actividad, cuando los pitidos de las máquinas los obligaban a levantarse, tocar el timbre de llamada a la enfermera y esperar mientras su madre, aún solícita, buscaba irregularidades en los tubos que penetraban en su cuerpo.

El hombre llegaba por la mañana y una de sus hermanas lo miraba con alivio después de una noche en la que casi no había podido dormir. Su madre salía, casi siempre, del baño, y mientras su hija se marchaba, ella misma arrastraba el suero hasta el mínimo tocador donde demoraba varios minutos peinándose

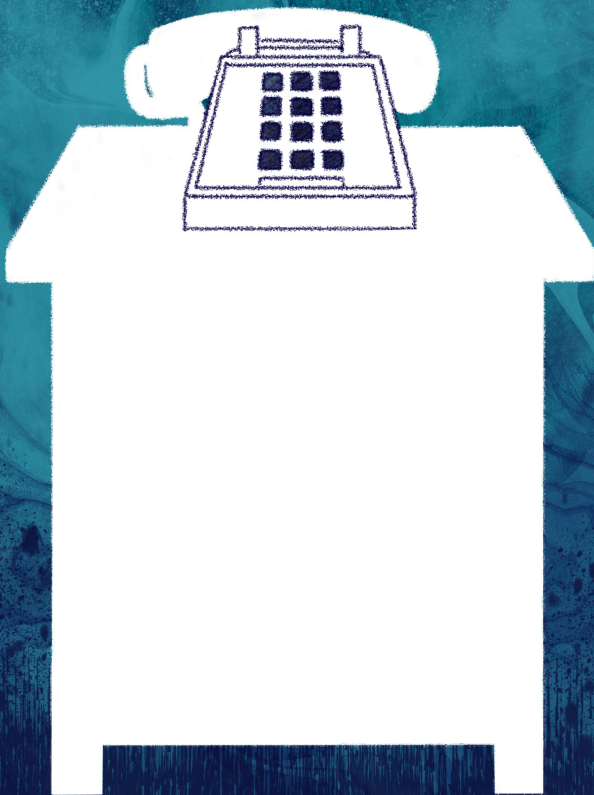
antes de sonreírle a su imagen en el espejo, en un rutinario gesto de coquetería; acomodaba el tubo de oxígeno hasta dejarlo encajado en sus fosas nasales y demoraba aún más en secar meticulosamente cada gota de agua que se había derramado fuera del minúsculo lavabo mientras se cepillaba los dientes.

Él leía o miraba el galopante desgaste de la batería del teléfono celular mientras recorría arriba y abajo la pantalla. Cuando salía, percibía el hambre que lo había acompañado apenas como una molestia durante el día. Pero demoraba aún más el suplicio del ayuno buscando aumentar el placer que sentía su cuerpo al recibir la comida.

Cuando la madre abandonó el hospital, estaba desahuciada. Las insistencias del médico por prolongar los tratamientos se habían topado con la voluntad de la mujer, empeñada en morir desde cuando, hace una década, había quedado viuda. Ya en casa, los regalos de Navidad contenían la promesa de un rápido desenlace: presentes efímeros –un jabón, un libro, un lubricante para los labios– que sin embargo no alcanzó a terminar.

Ahora, el hombre se había sentado en la mecedora cerca del lecho y escuchaba el susurro de la máquina que extraía el oxígeno del aire: vibraba en espasmos crepitantes que alternaban suspiros con escapes sibilantes que terminaban en sordos estallidos. Se mecía despacio, mientras miraba a su madre estremecerse casi sin reconocerlo. El timbre de la puerta alteró la visión del hombre y le permitió huir.

En la puerta, la enfermera sonreía absurdamente y llevaba de la mano a su hija. Solamente avanzó luego de explicar que no tenía dónde dejar a la niña. Ambas caminaron por el corredor sin hacer ruido y la mujer entró al dormitorio mientras la chiquilla



—de unos siete años— quedó fuera, espiando con una curiosidad impertinente. La madre no se incorporó en el lecho, pero alcanzó a responder las preguntas y los comentarios de aliento. Al salir, la asistente le sugirió la posibilidad de que volviera a internarla en el hospital, le habló de caídas repentinas de la presión y temperatura anormalmente baja. Cuando se fue, el hombre pudo verla por la ventana, mientras marchaba cabizbaja, susurrándole a la niña, que exigía explicaciones y pugnaba por regresar con una inquietud de duende resplandeciendo en sus ojos.

Volvió al cuarto y se agachó para tomar la mano de la agonizante y preguntarle si quería que la devolviera a la clínica. La mujer apenas susurró, pero su cabeza negó rotundamente sobre la almohada. El hombre sintió nuevamente la angustia y escapó a la cocina. Se aferraba a las instrucciones de sus hermanas, a la meticulosa preparación de la compota que era lo único a lo que su madre toleraba. No quería dejar de verla pero, al mismo tiempo, el cansancio que se había ido acumulando lo hacía anhelar un desenlace.

Llevó la fruta donde su madre. Disfrutaba del delicado aroma de la manzana, de la canela. Dejó el mínimo plato sobre la mesa de noche: una escudilla que apenas hubiera podido saciar el apetito de un niño pequeño, pero que la mujer se limitaba a revolver casi sin llevarse nada a la boca. Solamente se trataba de la celebración de un ritual, ya sin esperanza. La anorexia se había ido acentuando en la enferma y para el hombre comer parecía, ahora, una profanación; lo hacía a escondidas, deleitándose en su vida, mientras a su alrededor se enseñoreaba la muerte.

Luego, solamente esperó a que sus hermanas regresaran. Prefirió huir, refugiarse en la sala, abandonar el cuarto de la

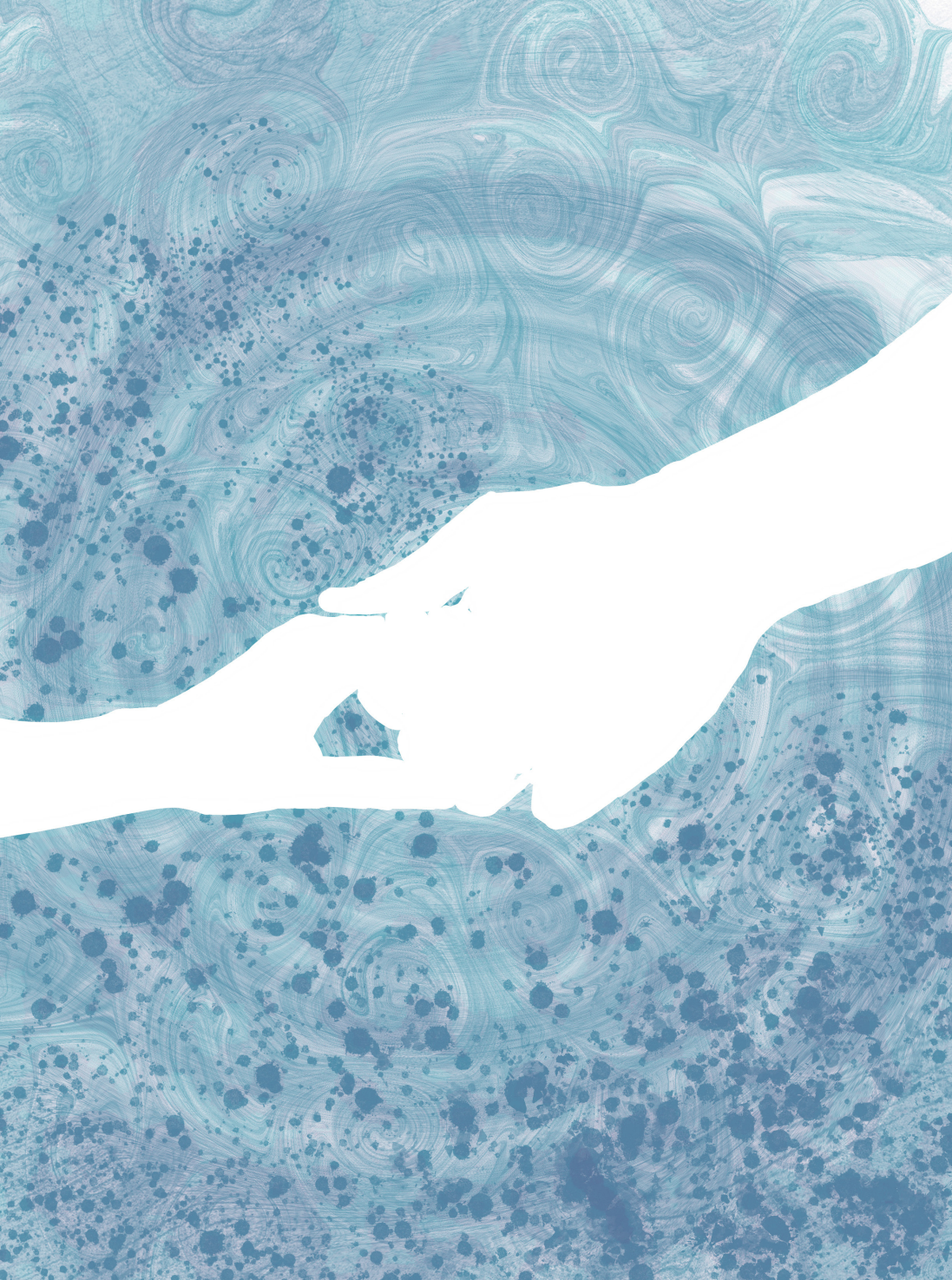
enferma, donde la luz se estancaba y el zumbido de la máquina de oxígeno se volvía ensordecedor. De todas maneras, la mujer apenas se mantenía consciente.

Ya empezaba a anochecer cuando llegaron las hermanas. Fueron a ver a su madre que agonizaba. Lo interrogaron. La mayor siempre había sido práctica, y lo ayudó a tomar las determinaciones debidas; le dio una oportunidad de huir. «Va a ser cuestión de días», le dijo, «hay que averiguar cómo vamos a hacer la velación». «Yo me encargo» respondió el hombre. La compañía de sus hermanas le había devuelto el arrojo y se llevaba el miedo. Tomó sus cosas y llamó un taxi.

Ya en su departamento, demoró hasta muy tarde en acostarse, miró en la computadora como el mundo ignoraba su desazón y se sumergió en el deleite de sus pequeñas batallas cotidianas. Llamó a su novia que, luego de preguntarle, le habló de sus propios problemas, del jefe insoportable que hace poco la había despedido, de la casa que construían juntos.

Se acostó pensando en el día siguiente, en las averiguaciones que debía hacer, en los trámites que le permitirían huir por un momento del miedo.

Aunque ya eran pasadas las dos de la mañana, pareció que apenas se había quedado dormido cuando lo despertó el inmisericorde timbre del teléfono.



Quinta



—¿Cómo sabré que así sucederá? Porque
yo soy viejo y mi mujer avanzada en años

El ángel le contestó:

—Yo soy Gabriel, que estoy en la presencia de Dios,
y he sido enviado para hablarte y darte esta buena noticia.

LUCAS 1, 18-19

Era extraño mirar las formas ondulantes —blancos, negros y grises— entre las que, a veces, se percibía una forma vagamente humana. El técnico se afanaba en explicaciones detalladas que ambos no comprendían, pero en las que lograban dilucidar una esperanza. Habían ido tras meses de expectación, interrumpiendo su apacible vida de pareja. Solamente ellos sabían del posible embarazo. Apenas habían confesado sus sospechas a un

matrimonio, viejos amigos de ella, cuando los hospedaron en su casa mientras viajaban. Se había vuelto imposible explicar de otra manera los súbitos remilgos de la mujer. Lo hicieron con el convencimiento de que la distancia volvía imposible cualquier desliz que los delatara. Cuando fueron a recogerlos para llevarlos a su casa, en una enorme y traqueteante camioneta, ambos anfitriones habían empezado a fumar cigarrillos que sacaban de una cajetilla en la que se veía el perfil de un apache con su tocado de plumas. Ella le pidió que abriera la ventanilla y la solícita pareja volteó la mirada sorprendida y preguntaron si le molestaba el humo. Entonces, ella, finalmente, les contó que estaba embarazada y ellos los felicitaron a gritos en un inglés nasal que el hombre apenas logró entender, aunque sonrió complacido ante el deleite de los ancianos.

Ya cuarentones, temían que el embrión tuviera algún defecto. Preferían mantener la cautela sobre el embarazo, huir a las recriminaciones si tuvieran que tomar cualquier determinación. Para el hombre, resultaba reconfortante el acuerdo perfecto con la mujer, la seguridad de que cualquier decisión sería compartida.

Habían partido hacia la cita con el ecografista. Atravesaron el bosque que rodeaba la casa que habían construido y que, hasta ahora, había sido su mayor proyecto juntos. Los eucaliptos susurraban delatando la presencia que lo había acompañado desde niño. Los baches en el camino de tierra hacía saltar el auto, bamboleándolos.

En la sala de espera, dejó a la mujer sentada mientras iba a preguntar si todo estaba listo. La recepcionista, tras un cristal, le pidió varios datos y lo dejó esperando antes de confirmarle que serían atendidos con retraso. El hombre regresó y miró el gesto



resignado de su esposa. Cuando se sentó, lo tomó de la mano. Él aún se desconcertaba ante el rutinario gesto de ternura de la mujer. El centro médico tenía una presencia perfectamente suburbana. Un río pasaba cerca y era perceptible el sonido del agua; un gorrión cantaba sobre las ramas de un árbol tras la ventana. Del otro lado, los autos competían en una corriente distinta.

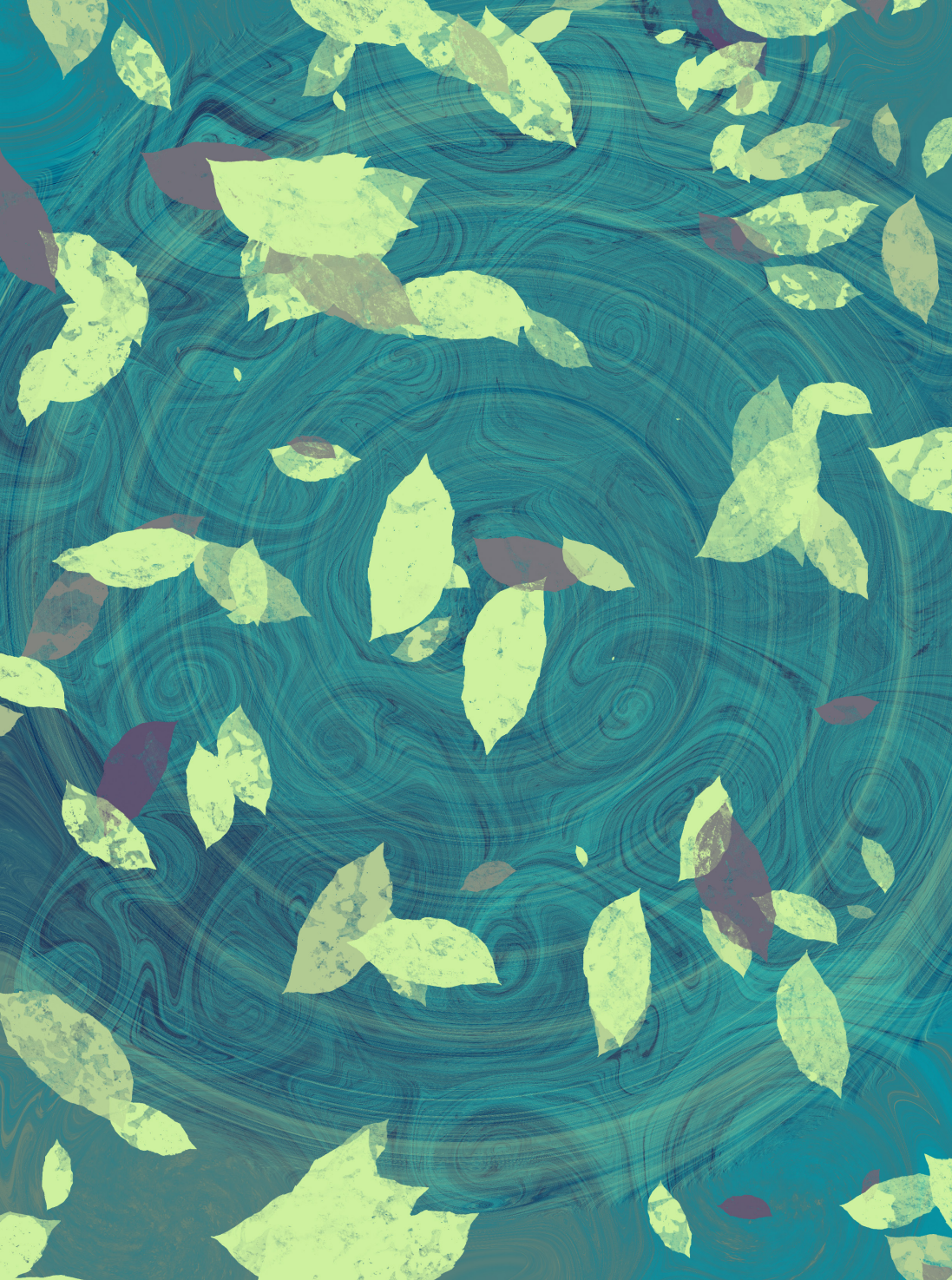
El consultorio estaba bastante bien equipado, a pesar de ser diminuto. El operador de la máquina parecía haber dormido poco o estar borracho: un sapo hinchado que se amontonaba sobre una silla alta desde la que el hombre temía caería a cada giro. Apenas los saludó mientras enfocaba sus ojillos en el teclado y golpeaba los botones de la máquina. Anotó el nombre de la paciente y le ordenó que se recostara. Pero, enseguida, cuando comenzó su labor su mirada pareció iluminarse y sus movimientos se tornaron expeditivos. Hurgaba el vientre con el transductor y tras cada maniobra sonreía, iba enumerando hallazgos que para ellos apenas tenían sentido: translucencia nucal, hueso nasal, arterias del cordón umbilical...

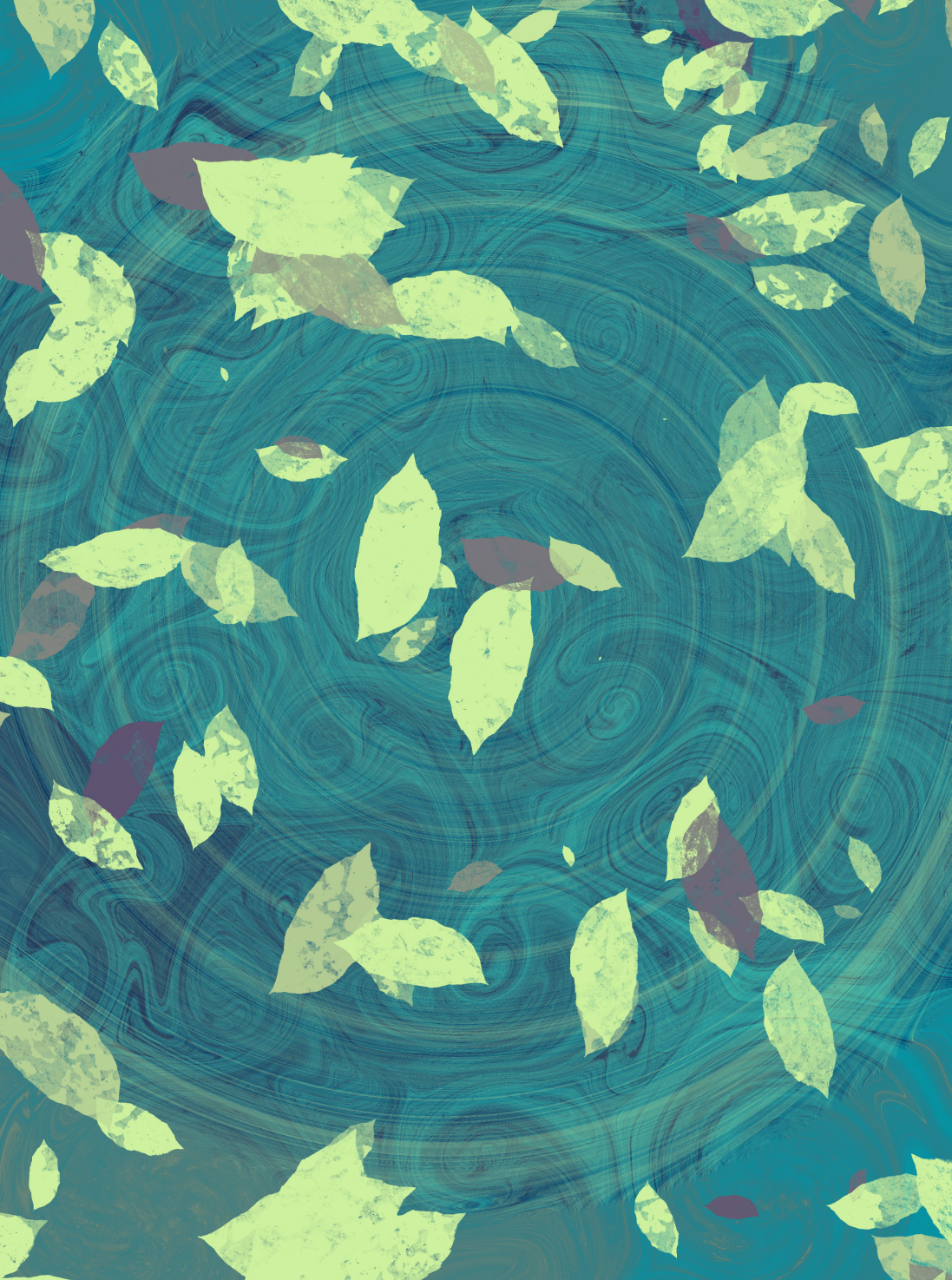
El hombre alternaba su mirada entre el monitor y ella, concentrada en las figuras que se reflejaban en sus anteojos. La mujer parecía tranquila, aunque él sospechaba que debía estar igual de confundida con el parloteo del operador, que se deleitaba en sus descubrimientos y prácticamente los ignoraba. Era claro que disfrutaba buceando entre las vísceras, en busca del escurridizo embrión que trataba de escapar en su refugio solamente para volver a ser encontrado y hurgado meticulosamente a través de la piel de su madre.

El hombre siguió dictando datos y parecía complacido tras cada hallazgo. Se deleitaba en demostrar su pericia más que en traducir sus descubrimientos. Solamente se comidió en darles un dato: era una niña. Lo dijo con toda seguridad, e inmediatamente aclaró que no todos podrían descubrir el sexo del feto en ese período del embarazo, pero que a él le resultaba fácil luego de haberlo hecho cientos de veces.

Finalmente, el ecografista frotó descuidadamente con una toalla de papel el vientre embadurnado de gel y le entregó otra a la mujer para que culminara la tarea. Abandonó la pantalla y los vio por primera vez. La asistente del médico también los miraba risueña y recibía las instrucciones del hombre que se veía aún más repulsivo tras bajar de su silla. Sin embargo, cuando les habló su voz era alegre y descartó sin dudarlos todos los temores de los padres. Por supuesto no era algo seguro, pero podían tener confianza en que la niña nacería perfectamente normal: la sospecha de un daño genético había sido eliminada.

El hombre sintió un enorme alivio y apenas logró pensar en otra cosa que volver a la calidez doméstica, que pronto se vería alterada por el nacimiento.





5 IMAGENS DO FILHO

Yanko Molina

Ilustração: FernandoYukich Tradução para o português: Fernanda M. Aguirre



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora



Primeira



Ele sentia a pressão dos pedais sob os pés, o jogo alternado de forças que desequilibravam a bicicleta, sem que pudesse evitar. Ouvia, atrás de si, a respiração do pai, os passos pesados marcando o ritmo do seu avanço. O guidão dançava entre as mãos e os raios das rodas cortavam o ar com um canto monótono no qual buscava refúgio. Tinha medo de cair, queria interromper o exercício que o fazia suar sob a camisa de flanela, mas também queria agradar ao homem que o empurrava e que, naquela manhã, como em todos os sábados, havia decidido ir ao parque.

Precisava aprender a andar de bicicleta. Fora seu presente de Natal e parecia imperativo que o aproveitasse. Muito cedo, pela manhã, colocaram a bicicleta no porta-malas do carro e toda a família embarcou, com desânimo, na monotonia da saída

semanal. Tinha que aprender, mesmo que todos tivessem que sacrificar a manhã de sábado por sua causa. Seu pai parecia o mais entediado, resignado a cumprir um dever que ele mesmo se impusera.

Os eucaliptos desfrutavam de uma brisa que, no chão, mal se percebia, mas que agitava suas copas, fazendo as folhas se chocarem e os pequenos frutos caírem sobre o pavimento. As rodas percorriam os grandes quadros de concreto que formavam o piso e, ao passar de um a outro, sentia-se um leve solavanco. A única segurança parecia vir dos grandes braços do homem que segurava o selim e o conduzia sem que ele percebesse. De vez em quando, via a mão agarrar o guidão junto à sua, e então mudava a direção que sua inabilidade não era capaz de controlar. Sabia que não conseguiria manter o equilíbrio, mas o temor de cair era menor do que o medo de decepcionar o pai. Tentava concentrar-se, franzindo a testa e imprimindo toda a força do corpo a cada pedalada. Só de vez em quando olhava para a mãe. Ela sorria para ele da arquibancada, num gesto mudo de apoio que, por alguns minutos, excluía o homem que queria arrancá-lo da segurança dos braços maternos com deveres atléticos que o menino detestava. Mas logo voltava a pedalar, baixando o olhar para a roda que girava sob seus olhos, para o chão repleto dos frutos lenhosos do eucalipto que simulavam lanternas, chapéus ou casinhas e que até pouco tempo ele recolhia junto às irmãs.

De repente, sentiu que os passos do pai cessaram e que o impulso da pedalada era o único que o impedia de cair. Imaginou-o sorrindo atrás de si, viu a mãe que o impulsionava com o olhar. Foi a mudança no rosto da mulher que o alertou: o sorriso deu lugar a uma careta de medo, à repreensão, ao mudo insulto ou

advertência. Seus dedos se crisparam no guidão, incapazes de buscar a alavanca de freio. Esperou que o pai se compadecesse, que mudasse a direção, mas logo compreendeu que ele estava longe demais. Pouco depois, sentiu o impacto e caiu de lado.

Ele mal teve tempo de olhar para a irmã se agachar diante da roda, recolhendo os frutos do eucalipto, as mínimas lanternas cinzentas ou marrons. A menininha que sempre deveria proteger, agora era vítima de sua inabilidade, e ele merecia a dor deixada pelos pedregulhos que se cravaram em suas mãos incapazes de frear, mas que se estenderam sem dificuldade enquanto caía, para evitar que batesse a cabeça. Pensou que devia se levantar, pedir desculpas e sacudir o pó dos joelhos da irmã, que agora chorava de costas para ele, caída sobre o pavimento.

A mãe correu ao encontro da menina, mas não conseguiu pegá-la. O pai chegou primeiro, afastou o menino, tomou a irmã nos braços e, ao levantá-la, observou o sangue que cobria o rosto dela. Sob o líquido espesso, suas feições, contorcidas pela dor e pelo medo, ainda eram visíveis. Na camiseta, a foto familiar tornava-se uma cena aterradora. Aquela peça de roupa, favorita da pequena, guardaria para sempre a mancha que, embora invisível após sucessivas lavagens, lhe lembraria sua impotência, a enorme maldade com que havia ferido a irmã.

Novamente ele pôde ouvir os passos pesados do pai, que corria com a menina nos braços em direção ao carro. Viu a mãe descer pela arquibancada onde a menina havia caído e batido a testa. A irmã mais velha olhava ele com raiva. Ele não parava de esfregar as mãos machucadas nas pernas da calça, buscando em sua própria dor um refúgio contra a culpa. A bicicleta continuava caída ao lado, o objeto que deveria ser seu bem mais precioso era



agora testemunha de sua derrota. Mas ele não podia deixá-la no parque, abaixou-se para levantá-la e sentiu que a mãe o ajudava, a mulher chegara ao seu lado e passava o braço sobre seus ombros. “Foi um acidente”, disse, e começou a caminhar os poucos metros até o carro. Ele empurrava a bicicleta sem saber onde deixá-la, enquanto a irmã os seguia, tentando manter alguns passos de distância, a salvo da sombra da culpa. No pavimento, brilhavam gotas de sangue fresco.

Não podiam perder tempo acomodando a bicicleta; depois de desistir que a irmã mais velha, ainda menina, ficasse cuidando dela, entregaram-na a um homem que se ofereceu para esperar até que voltassem. Ao entregá-la, sentiu que seria a última vez que a veria, mas à angústia pela perda iminente somou-se um enorme alívio. Dentro do carro fazia calor, e os gritos da menina inundavam a cabine como um estrondo que alternavam estertores e alaridos. O pai havia sujado a camisa e se agitava tentando ligar o motor. A mãe colocou a menina sobre as pernas e limpou-lhe o rosto com um lenço. Ao apertar as bordas do ferimento, estancou o sangue e o choro tornou-se um soluço descontínuo.

Quando o menino entrou para acomodar-se no banco traseiro, estranhou que a irmã mais velha o olhasse com perplexidade, sem raiva. Ela havia chegado primeiro e agora era ele novamente quem impedia o carro de partir. Fechou a porta e eles deram a partida. Ao olhar para trás, viu o homem desconhecido arrastando a bicicleta para o parque.

Já no hospital, a mãe demorou a explicar-lhes que deveriam esperar até que voltassem, que iriam curar do ferimento na testa. A pequena estremeceu sem chorar, com

os olhos semicerrados. O pai, impaciente, havia se adiantado alguns metros e esperava perto da entrada das emergências. Quando os adultos estavam fora da vista, ele deixou-se vencer pela angústia e, sem perceber, cedeu ao enjoo e sentiu o vômito arder-lhe no nariz e na garganta. A irmã olhou-o com raiva e nojo. “Porco”, disse.

O menino ficou ali, junto ao vômito, observando a irmã se afastar o máximo possível e abrir a janela. Um cheiro amargo inundou o veículo e impulsionou as lágrimas para fora dos olhos. Pegou um jornal e tentou secar a mancha que se espalhava pelo banco e escorria para o chão. O constrangimento superou a preocupação e o empenho na limpeza afastou-o de qualquer outro pensamento.

Depois de alguns minutos, ouviu a irmã descer do carro e a viu correr ao encontro do pai. O homem sorria enquanto a tomava pela mão. Apenas alguns passos atrás, vinha a mãe com a pequena nos braços. O rapaz também desceu e correu até a mulher. Evitou olhar para o pai, que agora o ignorava. No rosto da menina via-se uma gaze atravessando a testa, do início do cabelo até a sobrancelha. Os olhos estavam opacos e a respiração era pausada, como se estivesse prestes a adormecer. “Mal vai ficar uma cicatriz”, disse a mãe. O menino pensou que era mentira, mas resignou-se a acreditar enquanto afundava o rosto no conhecido cheiro do ventre materno.



Segunda



O rapaz sorria enquanto apertava a pistola com ambas as mãos. O pai o observava de perto e aconselhava que abrisse o máximo possível a boca, para que o estrondo do disparo não reverberasse nos ouvidos. Os outros meninos, que naquele momento não eram mais que testemunhas, também abriram as mandíbulas e esperaram o estampido. O ruído se espalhou pelo vale, sobre a floresta, pareceu preencher tudo com um vigor que combinava com a euforia dos garotos que acabavam de conquistar o topo da montanha. Depois, sucessivamente, todos pegariam a arma nas mãos e sentiriam a angústia do recuo, a súbita euforia do disparo.

O homem, um militar, os guiara numa caminhada que partira de sua casa e subira pelas encostas do vulcão, atravessando

um bosque e escalando uma cachoeira, na maior aventura de suas inocentes vidas. Depois, comeram os sanduíches tirados das mochilas e, um a um, dispararam. No final da tarde, os meninos desciam correndo, enquanto o homem acompanhava o retardatário que, com os pés doloridos, se sentira incapaz de deslizar e rolar ladeira abaixo. O homem parecia imponente em seu uniforme. Estranhamente próximo durante todo o passeio. Solícito a todo momento, sempre incentivando o filho, mas sem descuidar dos outros meninos quando precisaram de ajuda.

Agora, longe da montanha, parecia menor, havia trocado o uniforme por uma camisa e um paletó remotamente marcial, como se a possibilidade de parecer civil o envergonhasse. Passava o braço sobre os ombros do filho e esperava numa fila à porta da capela. Todos tinham vindo cumprir o rito da confirmação. O rapaz que ficara para trás na descida já não conseguia captar sua atenção. O pai, ao contrário dos amigos, não seria seu padrinho. Provavelmente recusara-se a participar de uma cerimônia que, como tudo relacionado à religião, lhe parecia território exclusivo das mulheres. Foi por isso que a mãe recorreu ao tio do menino, que, no entanto, não chegava.

A fila começou a andar e o menino começou a desesperar. As conversas nervosas cessaram e agora todos se concentravam em cumprir os passos ensaiados do ritual. Absorvidos em seus papéis, pais e filhos o ignoravam. Será que ele poderia entrar sozinho? O tio não chegava e era provável que tivesse esquecido a cerimônia. A fila seguia avançando e já se ouviam as vozes intempestivas dos paroquianos, fora de sintonia com a longa canção que iniciava a confirmação.



Por um momento, a fila parou, e o rapaz sentiu que era a última chance para o tio chegar. Procurou a mãe, que havia saído da igreja e o olhava da porta. Ele a questionou com os olhos, mas ela parecia ignorá-lo despreocupadamente. Só então viu o pai se aproximando. Caminhava rapidamente. Vestia um terno cinza – com linhas claras quase imperceptíveis –, que fazia seus ombros parecerem ainda mais largos. Ao chegar junto dele, cumprimentou os meninos que conhecia bem, também os pais, com um ar de superioridade, quase uma ameaça muda. Por alguns minutos, foi uma presença intimidadora, enorme e brutal. Então, baixou o olhar e sorriu para ele: “Eu serei seu padrinho”, disse, e colocou-se ao seu lado, formando a dupla fila que naquele momento voltou a avançar.

Os homens ao redor pareciam diminutos. Insignificantes em seus trajes de igreja. Mais insignificantes ainda ao lado do homem que havia assumido o controle e os desprezava enquanto passava o braço pelo ombro do filho. O militar agora parecia perdido, como se o mundo adulto o intimidasse. Ele enfiou a mão no bolso da calça e o garoto pensou que ele estava pegando a arma, sem a qual ele estaria perdido para o ataque do pai. Mas não foi preciso mais do que um olhar do homem que o abraçava para que o outro desviasse os olhos.

Então, quando já não esperavam, apareceu o tio. O hálito denunciava a recente embriaguez. Era magro e as íris verdes agora tornavam-se transparentes sobre as olheiras. O pai não se permitiu nem mesmo a violência. Apenas lhe deu um tapa condescendente nas costas. Tudo estava bem. Não precisavam dele. O outro homem afastou-se envergonhado.

Lá dentro, a igreja estava fresca apesar da manhã ensolarada. Sentaram-se ocupando as cadeiras da frente e repetiram os passos do ritual conforme haviam ensaiado durante meses no catecismo. Alguns pais apertavam as mãos dos filhos num gesto que ao rapaz pareceu extremamente piegas. Ele apenas olhava para o pai e se maravilhava com o fato de ele saber o que fazer em cada momento. Quando o acompanhou até o altar, não pôde evitar olhar de soslaio quando o sacerdote deu um tapinha em sua bochecha no momento mais solene da cerimônia. Sua sobancelha mal estava franzida, mas ele parecia mais ausente do que preocupado.

No final, ao saírem da igreja, meninos e pais se despediram. O menino ficou novamente surpreso com a reverência que os outros adultos demonstraram em relação à atitude de desprezo de seu pai. “Você levou um tapa do maldito sacerdote”, ele lhe disse nos momentos em que ficaram sozinhos enquanto se aproximavam de sua mãe e irmãs. O garoto se assustou com a irreverência, mas bastou olhar para cima para perceber a piada. Os dois sorriram. Eram coisas que os homens podiam dizer.



Terceira



Ainda era possível perceber a antiga disposição da casa: a sala havia sido dividida com divisórias de vidro, e ali ficavam a recepção e o espaço onde os pacientes aguardavam para serem atendidos. Atrás, corria o corredor que antes conduziria a outros cômodos, mas que agora levava ao que as placas anunciavam como Centro Cirúrgico e Raios X. Por uma escada – cujo parquet fora coberto por uma faixa de linóleo, presa aos degraus com varas –, levava às salas de consulta.

Tudo, no entanto, tinha um aspecto decoroso e asséptico. Já haviam visitado a clínica antes e as coisas pareciam fluir tranquilamente. Pelo menos agora, tudo eram certezas. A moça se orientava perfeitamente, guiava o homem que se deixava conduzir pela mão. Da primeira vez que estiveram ali, o médico – um cubano com uma careca brilhante, usando um avental apertado sobre a barriga saliente – os atendeu em um consultório

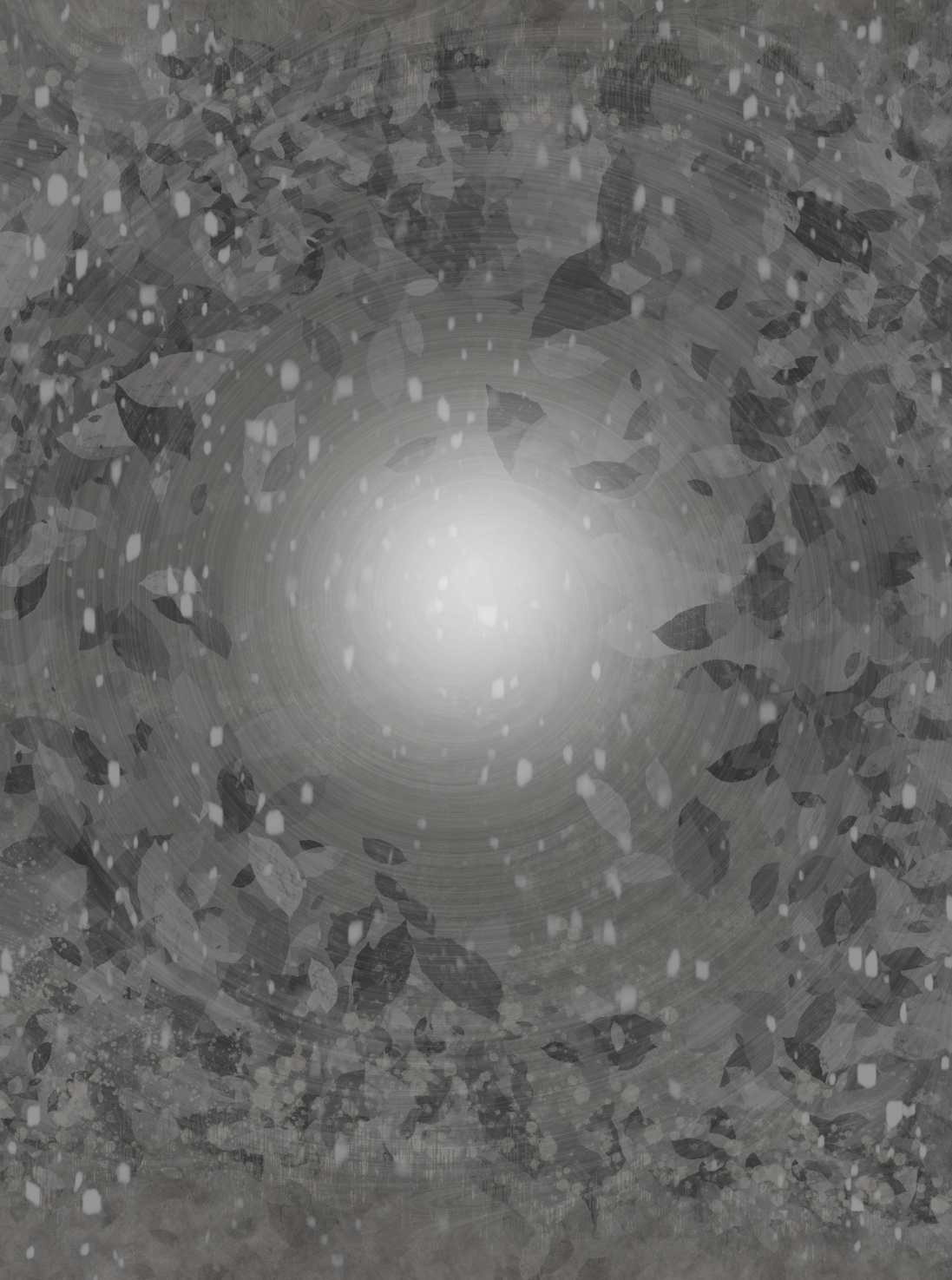
espaçoso, onde ela havia deixado exposta uma barriga estranhamente plana, sobre a qual o gel de ultrassom havia sido espalhado, talvez um pouco meticulosamente demais. Entre as manchas, ele não conseguia ver nada além de cinzas cambiantes nos quais a forma escura das vísceras mal era discernível, mas o médico apontou sem hesitar para um ponto: o óvulo implantado. O homem sorria tolamente, mas mudou de expressão ao cruzar o olhar com ela, que o repreendeu com um olhar imperioso no qual se podia perceber o desconcerto e a raiva. Apertou a mão dele, que segurava desde o início do exame. Claro, não era momento para risos, mas ao menos era a confirmação que buscavam. O doutor mantinha suas expressões dentro de uma rigorosa linguagem científica, o que eles agradeceram. Ao final, marcou uma consulta para a semana seguinte e, só no final, avisou sobre os honorários e deu-lhes o falso diagnóstico que, a partir de então, teriam de mencionar ao restante da equipe da clínica: curetagem de uma gravidez não embrionária.

Agora, voltavam. Ela se anunciou à recepcionista, que informou que o médico a esperava. O homem quis ficar do lado de fora, mas a garota o reteve ao seu lado e foram conduzidos pelo corredor para o interior. Atrás das cortinas verdes, que pretendiam criar intimidade no meio do corredor, uma mulher chorava e quem devia ser seu marido a repreendia asperamente, embora sem violência. Parecia improvável que a enfermeira que os conduziu ignorasse o verdadeiro fim dos procedimentos, mas o médico repetiu o falso diagnóstico e pediu que lhes entregassem os formulários de autorização para a cirurgia. O homem os folheou e assinou. Enquanto isso, a garota pegou um pacote das mãos da enfermeira e se escondeu atrás de um biombo. Ao sair,

vestia um avental que mal ocultava suas formas e sapatos de pano presos aos tornozelos com elástico. Ela entrou com seus próprios pés para o que lhes foi anunciado como um procedimento simples que levaria menos de trinta minutos.

Lá dentro, ela se deitou sobre a maca ginecológica e deixou que amarrassem seus braços com fitas quase simbólicas, que lhe colocassem um soro que logo viu pingar. Sentia mais raiva do que tristeza. Enquanto erguia as pernas até os apoios metálicos, fazia as contas das possíveis vezes em que poderia ter engravidado. Os cuidados, evidentemente, tinham sido insuficientes. O zumbido intermitente das máquinas parecia cronometrar sua angústia. Tinha medo. Um terror que estava emaranhado entre suas pernas, tão miseravelmente expostas. Temia a dor, a doença, estava dominada pelo medo de nunca mais poder ter filhos. Tinha certeza de que não queria ter este, ao menos não com o homem que a esperava do lado de fora, que era apenas um paliativo contra a solidão. O médico sorriu sob a máscara cirúrgica e pediu que ela contasse de dez para trás. O ato mecânico a acalmou, e ela concentrou todo seu esforço nessa tarefa mínima. Logo, adormeceu.

O homem esperou do lado de fora. A porta da sala de cirurgia deixava entrar o murmúrio de um diálogo no qual não era possível distinguir as palavras. Depois, um silêncio quase total e, de repente, gemidos. Ele imaginou instrumentos penetrando o corpo indefeso e novamente ouviu os soluços, primeiro como gemidos quase inaudíveis e, depois, gritos mínimos que não podiam deixar de lembrá-lo do prazer. Ele sentiu angústia e culpa. Não conseguia evitar as orações que vinham à sua mente desde a infância.



Antes de meia hora, o médico empurrava uma maca onde a garota jazia adormecida. O cabelo grudado ao crânio e o rosto, sem maquiagem, era o de uma menina. Sob a bata, que estava puxada acima da cintura, um enorme absorvente higiênico estava visível, e em suas coxas havia faixas de sangue que engrossaram à medida que secavam. O médico olhou para o homem com uma indiferença condescendente e deu leves tapas na garota, pedindo que acordasse. Ainda usava o gorro verde sobre a cabeça calva e a máscara pendia do pescoço. Quando a paciente despertou, ele apertou a mão do namorado e saiu após dar instruções mínimas e passar uma receita. “Os medicamentos podem ser comprados aqui, na farmácia”, disse, e ele pôde sentir no meio do sotaque caribenho, a superioridade arrogante do desprezo.

A garota havia acordado apenas para voltar a dormir. O homem a observava respirando calmamente. Às vezes, voltavam os gemidos, quase como a extensão de um suspiro. Ele a cobriu com um lençol, que não bastava para conter os tremores. Uma hora depois, ela começou a esfregar os olhos e pediu água. Ele saiu para perguntar à recepcionista, que lhe entregou um copo para encher no galão sobre a mesa junto à porta. Do lado de fora, os carros corriam em busca da fuga que lhe foi negada.

Ao voltar, ela se vestia. Agradeceu a água, mas deixou o copo cheio sobre a maca. Sentia dor no ventre e estava tonta, mas queria ir embora. O frio a fazia tremer e as mãos não conseguiriam fechar botões. Ela havia trazido um par de calças pretas, fechadas na cintura com um cordão, e se parabenizou por ter pensado na facilidade de vesti-las e na

cor que manteria o sangue fora de vista. Lembrou também do quarto que haviam alugado na pousada, com o pequeno hall e a enorme cama.

– Vamos embora – disse ela.

O homem assentiu com um gesto e voltou à recepção para pagar a conta. Tirou as notas, contou o valor e separou também o que calculou que custariam os remédios. Mal teria o suficiente se não fosse pela morte do pai e a herança mínima a que tinha direito. Pensou na mãe, ainda chorosa, nas irmãs. Sentiu vergonha, mas também alívio.

Voltou para a garota e a encontrou de pé ao lado da maca, apoiando-se levemente. Seu rosto mostrava cansaço e dor, mas ela sorria com estoica resignação. O homem foi buscar um táxi e pediu que ela esperasse na porta. Ao voltar, ela estava se levantando de um dos sofás da recepção. Pegou a bolsa e lhe ofereceu o braço, que ela aceitou. No carro, voltou a dormir, embora o trajeto tenha sido curto.

Naquela noite, a garota mal teve tempo de sentir remorso antes de ceder ao repouso induzido pela anestesia. A manhã foi uma sucessão de náuseas, pontadas dolorosas e uma hemorragia contínua, maior que a menstruação. O homem tinha ido trabalhar e a garota passou o tempo sentindo pena de si mesma e ver filmes insossos na televisão. Mal conseguia ler, e desconforto a mantinha acordada.

Por volta do meio-dia, o homem voltou ao hotel, cumprimentou a recepcionista com um aceno de cabeça e pegou o elevador. Enquanto subia, sentiu a chave com o grande chaveiro de madeira no bolso. Ele mal havia conseguido se concentrar nas palestras que teve de dar naquela manhã. Só pensava em voltar.

No entanto, ao chegar à porta, hesitou um momento, sem saber se devia entrar imediatamente no universo obscuramente feminino da convalescença. Tomou aquilo como um dever, uma imposição a cumprir. Já dentro, sorriu para a garota, que se sentou na cama e lhe ofereceu os lábios para um beijo. Parecia alegre. Adotava os modos infantis que ele aprendera a interpretar como prelúdios do desejo, ou ao menos da ternura. Essa rotina recuperada o acalmou. Não havia tomado café da manhã, então a proposta de pedir o almoço no quarto o animou como um primeiro passo rumo à normalidade. Ela já havia escolhido o prato que queria e sugeriu a ele o que pedir. Comeram com apetite voraz e as únicas referências ao aborto foram as dores que ainda persistiam, para as quais ela tomou os remédios com o suco de fruta.

O homem sentiu-se reconfortado. Bastava acompanhar a convalescença e logo estaria de volta à batalha diária da conquista, da perseguição a essa mulher, que o rejeitava sem nunca o deixar ir. O telefone tocou da recepção e ele atendeu animado. Reconheceu logo a voz da melhor amiga da garota. Fora ela quem recomendara o médico cubano, mas até isso agora parecia um detalhe irrelevante. Apenas perguntou com os olhos antes de deixá-la entrar.

Cumprimentaram-se na porta e a amiga entrou na antessala. Do quarto, a convalescente a chamou pelo nome e se cumprimentaram aos gritos. Avançaram juntas, mas pelo olhar das duas o homem entendeu que devia ficar de fora. Procurou um assento e folheou uma revista. Atrás da porta, primeiro só ouviu murmúrios, conversas pontuadas de exclamações e risos, mas logo o tom mudou e ele prestou atenção para entender que agora choravam. Eram gemidos, pequenos gritos histéricos e o

resfolegar da respiração agitada. Voltou, então, a culpa. Recusou-se a chorar e foi invadido pela impotência e pela raiva. Sentiu no ventre a ansiedade e o desejo desesperado de possuir a mulher e protegê-la. Odiou o embrião e logo foi tomado pelo arrependimento e pelo medo irracional do castigo. Logo, a sombra de uma imensa tristeza encobriu qualquer outro sentimento.



Quarta



Ao descer do táxi, o homem sentiu a angústia do dever, o peso do medo. Sua mãe agonizava com uma dignidade planejada. Ela já tinha sobrevivido, mesmo quase sem forças, às festas de dezembro e estava determinada a morrer o mais rápido possível.

Ele caminhou os poucos passos até a loja onde precisava fazer uma compra. Ao sair, percebeu que o suor de suas mãos molhava a sacola plástica onde a atendente tinha embrulhado discretamente o urinol que sua irmã pedira para a mãe doente. A casa da mãe ficava a poucos minutos dali. O homem andava pelas ruas olhando para o chão, como se admirar as árvores e as fachadas pintadas em tons pastéis fosse um prazer do qual sentia vergonha. No final, já perto, diminuiu o passo, mesmo sabendo que sua irmã precisava sair de casa e que agora era ele quem

cuidaria da mãe, que há alguns dias estava deitada, com a consciência se apagando aos poucos.

A doença da mãe avançou tão devagar que as primeiras notícias sobre sua piora o pegaram de surpresa, em meio ao cansaço de uma rotina que já durava meses. O aviso de que ela tinha sido internada no hospital o pegou na estrada, e ele sentiu como se fosse uma afronta ter que voltar para a cidade. Sua irmã o recebeu na sala de espera e os dois ficaram aguardando notícias da emergência. As cadeiras de vinil verde e a luz fria dos tubos fluorescentes mostravam o quanto aquele lugar era hostil.

Nos dias seguintes, o câncer foi tomando conta da vida deles. Eles entravam e saíam do hospital em turnos rigorosos. Aprenderam a colocar as luvas e as máscaras, seguindo a rotina certa: cobrir as mãos antes de tocar o avental e só depois colocar a máscara, que os fazia respirar o próprio ar. As horas no quarto passavam, alternando longos períodos de tédio com momentos de intensa atividade, os obrigava a se levantar, tocar a campainha da enfermeira e esperar enquanto a mãe, ainda solícita, procurava irregularidades nos tubos que penetravam em seu corpo.

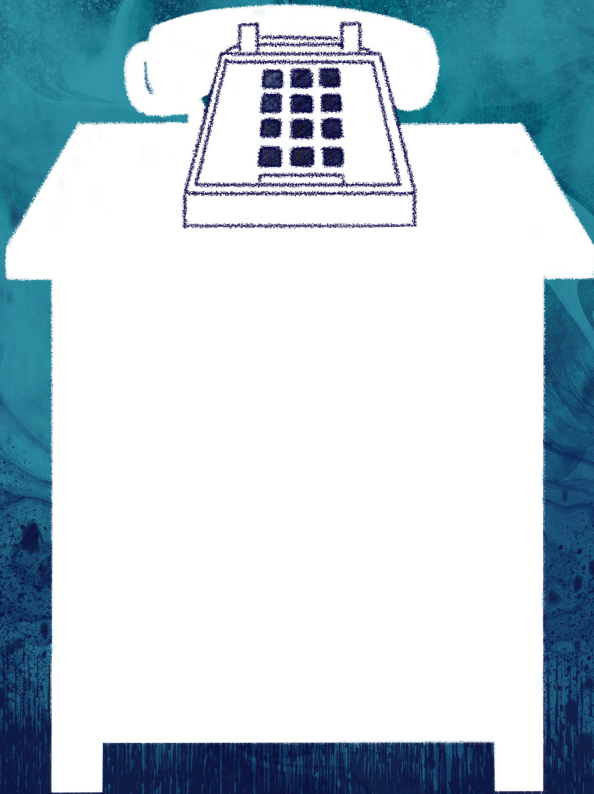
O homem chegava de manhã e uma de suas irmãs olhava para ele com alívio, depois de uma noite mal dormida. Sua mãe quase sempre saía do banheiro e, enquanto a filha ia embora, ela mesma arrastava o soro até o pequeno espelho, onde passava vários minutos penteando o cabelo antes de sorrir para si mesma, num gesto de vaidade. Ajustava o tubo de oxigênio no nariz e secava cuidadosamente cada gota de água que saía da pia ao escovar os dentes.

Ele lia ou ficava olhando o celular, vendo a bateria acabar enquanto passava a tela para cima e para baixo. Quando saía, sentia a fome apenas como um incômodo, mas adiava ainda mais a provação do jejum, buscando aumentar o prazer que seu corpo sentia ao receber o alimento.

Quando a mãe saiu do hospital, já estava sem esperança. O médico queria continuar o tratamento, mas ela estava decidida a morrer, decisão que tinha tomado desde que ficou viúva, dez anos antes. Em casa, os presentes de Natal mostravam que o fim estava próximo: eram coisas simples – um sabonete, um livro, um hidratante labial – que ela nem chegou a terminar.

Agora, o homem sentava-se na cadeira de balanço perto da cama e ouvia o barulho da máquina de oxigênio: ela vibrava e fazia ruídos intercalados com suspiros e estalos abafados. Ele se balançava devagar, vendo sua mãe se mexer, quase sem reconhecê-lo. O toque da campainha o tirou daquele momento e permitiu que ele fugisse.

Na porta, a enfermeira sorria de forma estranha e segurava a mão da filha pequena. Explicou que não tinha onde deixar a menina. As duas passaram em silêncio pelo corredor e a enfermeira entrou no quarto, enquanto a menina, de uns sete anos, ficou do lado de fora, espiando com curiosidade impertinente. A mãe não se levantou da cama, mas conseguiu responder às perguntas e ouvir as palavras de apoio. Ao sair, a enfermeira sugeriu que a mãe voltasse ao hospital, pois ela estava com a pressão baixa e a temperatura alterada. Quando foi embora, o homem a viu pela janela, caminhando de cabeça baixa, sussurrando para a menina, que queria voltar e pedia



explicações, com uma inquietação élfica brilhando em seus olhos.

Ele voltou ao quarto e se abaixou para segurar a mão da mãe moribunda, perguntando se ela queria voltar para a clínica. A mulher quase não falou, mas balançou a cabeça dizendo que não. O homem sentiu de novo a angústia e foi para a cozinha. Seguiu as instruções das irmãs, preparando com cuidado a compota de fruta, que era a única coisa que a mãe conseguia comer. Não queria deixar de vê-la, mas ao mesmo tempo, o cansaço o fazia desejar que tudo acabasse logo.

Levou a fruta para a mãe. Ela sentia prazer no cheiro suave da maçã e da canela. Deixou o pequeno prato na mesa de cabeceira: uma tigela que não saciaria nem a fome de uma criança, mas que a mãe só mexia, quase sem comer. Era apenas um ritual, agora sem esperança. A anorexia havia se tornado cada vez mais pronunciada na mulher doente, e para o homem, comer agora parecia uma profanação; ele fazia isso escondido, aproveitando a vida enquanto a morte tomava conta da casa.

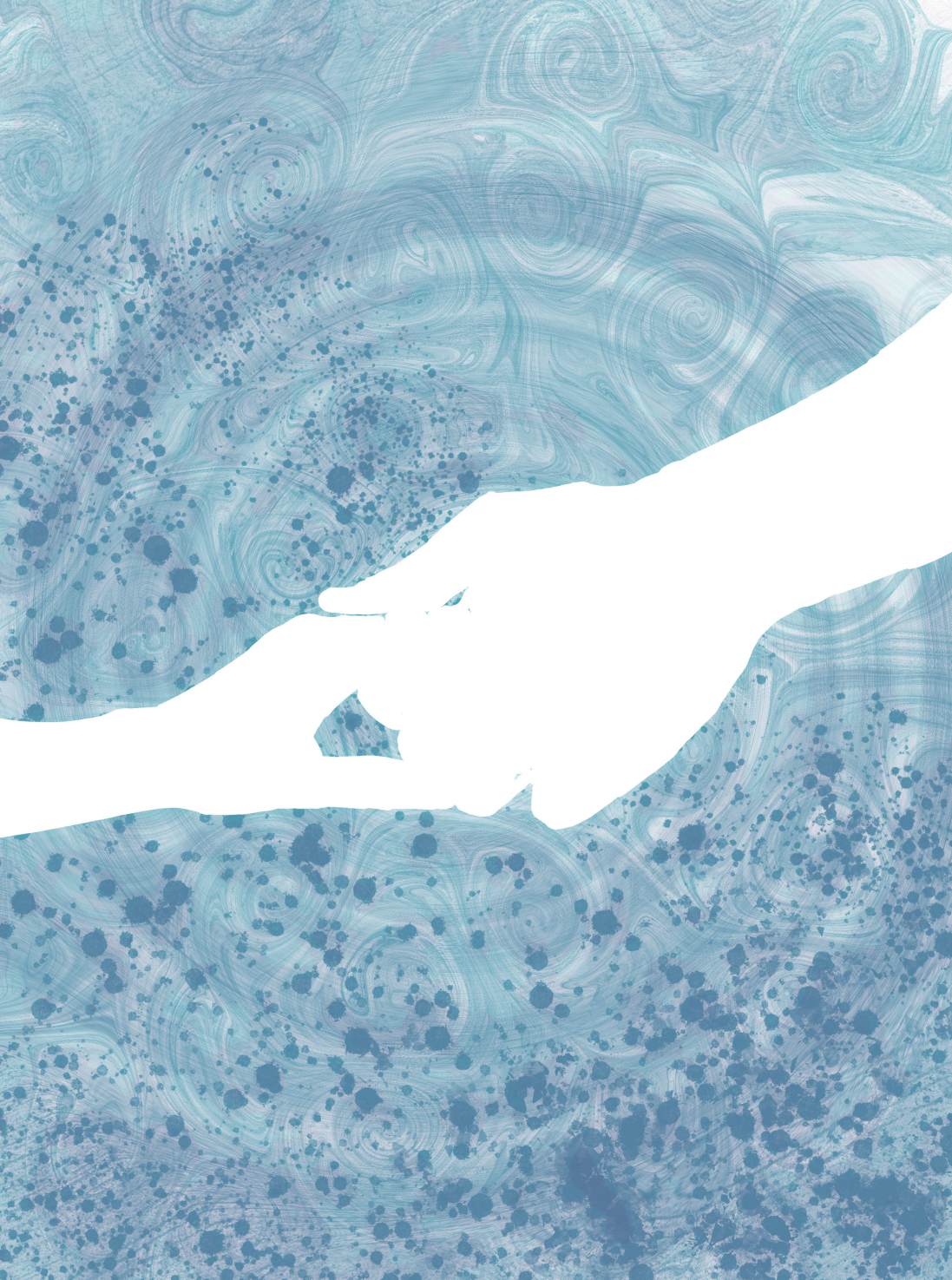
Depois, só esperou as irmãs chegarem. Preferiu se refugiar na sala, sair do quarto da mãe doente onde a luz era fraca e o barulho da máquina de oxigênio parecia ensurdecedor. De qualquer forma, a mãe já quase não ficava consciente.

Já estava escurecendo quando as irmãs chegaram. Foram ver a mãe agonizando. Fizeram perguntas. A mais velha sempre foi prática e ajudou o irmão a tomar as decisões necessárias; deu-lhe uma chance de fugir. “Vai ser questão de dias”, disse ela, “precisamos ver como será o velório”. “Eu cuido disso”, respondeu o homem. A presença das irmãs lhe trouxe coragem e tirou o medo. Pegou suas coisas e chamou um táxi.

De volta ao seu apartamento, demorou para dormir. Ficou no computador vendo como o mundo ignorava sua tristeza e se distraiu com pequenas tarefas do dia a dia. Ele ligou para a namorada que, depois de fazer perguntas, contou-lhe sobre seus próprios problemas, sobre o chefe insuportável que a havia demitido recentemente, sobre a casa que estavam construindo juntos.

Ele foi para a cama pensando no dia seguinte, nas coisas que precisava resolver, nos papéis e trâmites que lhe permitiriam, por um instante, fugir do medo.

Mesmo já sendo mais de duas da manhã, parecia mal ter adormecido quando foi acordado pelo toque impiedoso do telefone.



Quinta



– Como saberei que isso acontecerá? Pois sou velho, e minha esposa já está avançada em idade.

O anjo respondeu:

– Eu sou Gabriel, que estou na presença de Deus, e fui enviado para falar contigo e trazer esta boa notícia.

LUCAS 1, 18-19

Era estranho olhar as formas ondulantes – brancas, pretas e cinzas – entre as quais, às vezes, se percebia uma forma vagamente humana. O técnico se esforçava em explicações detalhadas que nenhum dos dois compreendia, mas nas quais conseguiam encontrar uma esperança. Tinham ido depois de meses de expectativa, interrompendo sua pacata vida de casal. Só eles sabiam da possível gravidez. Mal haviam contado suas suspeitas a um casal, velhos amigos dela, que os hospedaram em sua casa

durante uma viagem. Tornou-se impossível explicar a súbita irritação da mulher de outra forma. Fizeram isso confiantes de que a distância tornava impossível qualquer deslize que os denunciasse. Quando foram buscá-los para levá-los para casa, em uma enorme e barulhenta caminhonete, os dois anfitriões já tinham começado a fumar cigarros tirados de uma caixa com o perfil de um apache com seu cocar de penas. Ela pediu para que ele abrisse a janela, e o casal, solícito, virou o olhar surpreso e perguntou se o fumo incomodava. Então, ela finalmente contou que estava grávida, e eles os parabenizaram aos gritos, em um inglês nasal que o homem mal conseguiu entender, embora tenha sorrido satisfeito com a alegria dos idosos.

Já na casa dos quarenta, temiam que o embrião tivesse algum defeito. Preferiam manter cautela sobre a gravidez, fugir das recriminações caso tivessem que tomar qualquer decisão. Para o homem, era reconfortante o acordo perfeito com a mulher, a certeza de que qualquer decisão seria compartilhada.

Partiram para a consulta com o ultrassonografista. Atravessaram a floresta que cercava a casa que haviam construído e que, até então, tinha sido seu maior projeto juntos. Os eucaliptos sussurravam, denunciando a presença que o acompanhava desde criança. Os solavancos no caminho de terra faziam o carro pular, balançando-os.

Na sala de espera, deixou a mulher sentada enquanto foi perguntar se tudo estava pronto. A recepcionista, atrás de um vidro, pediu várias informações e o deixou esperando antes de confirmar que seriam atendidos com atraso. O homem voltou e viu o gesto resignado da esposa. Quando ela se sentou, segurou sua



mão. Ele ainda se surpreendia com o gesto rotineiro de ternura da mulher. O centro médico tinha uma presença perfeitamente suburbana. Um rio passava perto e era possível ouvir o som da água; um pardal cantava sobre os galhos de uma árvore atrás da janela. Do outro lado, os carros competiam em uma corrente diferente.

O consultório era bem equipado, apesar de pequeno. O operador da máquina parecia ter dormido pouco ou estar bêbado: um sapo inchado empoleirado numa cadeira alta, da qual o homem temia que ele caísse a qualquer momento. Mal os cumprimentou enquanto focava os olhos no teclado e apertava os botões da máquina. Anotou o nome da paciente e mandou que ela se deitasse. Mas logo, quando começou o exame, seu olhar pareceu se iluminar e seus movimentos ficaram rápidos. Passava o transdutor pela barriga e, a cada movimento, sorria, enumerando descobertas que para eles mal faziam sentido: translucência nugal, osso nasal, artérias do cordão umbilical...

O homem alternava o olhar entre o monitor e ela, concentrada nas figuras refletidas em seus óculos. A mulher parecia tranquila, embora ele suspeitasse que estivesse tão confusa quanto com o falatório do operador, que estava se divertindo com suas descobertas e praticamente ignorando-os. Era claro que ele gostava de mergulhar nas vísceras, procurando o embrião escorregadio que tentava escapar em seu refúgio, só para ser encontrado e examinado cuidadosamente através da pele da mãe.

O homem continuava ditando dados e parecia satisfeito a cada descoberta. Gostava mais de mostrar sua habilidade do que de traduzir seus achados. Só se conteve em dar um dado: era uma

menina. Disse com toda certeza e logo esclareceu que nem todos poderiam descobrir o sexo do feto naquele período da gravidez, mas para ele era fácil, depois de ter feito isso centenas de vezes.

Finalmente, o ultrassonografista limpou descuidadamente a barriga coberta de gel com uma toalha de papel e entregou outra para a mulher terminar o serviço. Abandonou a tela e os olhou pela primeira vez. A assistente do médico também os olhava sorridente e recebia as instruções do homem, que parecia ainda mais repulsivo ao descer da cadeira. No entanto, quando falou, sua voz era alegre e descartou sem dúvida todos os temores dos pais. Claro que não era algo seguro, mas eles podiam confiar que a menina nasceria perfeitamente normal: a suspeita de um dano genético havia sido eliminada.

O homem sentiu uma enorme sensação de alívio e mal conseguia pensar em outra coisa a não ser voltar ao calor doméstico que logo seria interrompido pelo nascimento.

Yanko Molina

(Quito-Ecuador, 1975). Es autor del libro de cuentos *Los objetos frágiles* (Paradiso, 2010) y de la novela *En el cerco del sol* (Doble Rostro, 2017), y coautor –junto a Valeria Molina– del ensayo *El Santo vive en Matavilela* (Antropófago, 2013).

Sobre su libro de cuentos César Chávez Aguilar dijo: “este libro al ser confrontado con los de su especie y los de su tiempo tiene cosas que decir, y elige un peculiar modo de decir las, que, de cierta manera, enfrenta a un nuevo tiempo, [...] recordándonos que solo el trabajo que se engarza en una tradición es el que perdura, el que ayuda a sostener a ese frágil pero hermoso edificio que es la literatura”.



(Quito-Ecuador, 1975). É autor do livro de contos *Los objetos frágiles* (Paradiso, 2010) e do romance *En el cerco del sol* (Doble Rostro, 2017), além de coautor –junto a Valeria Molina– do ensaio *El Santo vive en Matavilela* (Antropófago, 2013).

Sobre seu livro de contos, César Chávez Aguilar afirmou: “este livro, ao ser confrontado com os de sua espécie e os de seu tempo, tem algo a dizer, e escolhe um modo peculiar de dizê-lo, que, de certa forma, enfrenta um novo tempo, [...] lembrando-nos que somente o trabalho que se insere em uma tradição é aquele que perdura, que ajuda a sustentar esse frágil mas belo edifício que é a literatura.”

Fernanda M. Aguirre

(Cuenca-Ecuador, 1984), es arquitecta y profesora en la Escuela de Arquitectura de la Universidad del Azuay. Su conexión personal y profesional con la cultura y arquitectura moderna y contemporánea brasileña, ha inspirado su exploración hacia la literatura de habla portuguesa.



(Cuenca-Ecuador, 1984), é arquiteta e professora na Escola de Arquitectura da Universidad del Azuay. Sua conexão pessoal e profissional com a cultura e a arquitetura moderna e contemporânea brasileira inspirou sua exploração na literatura de língua portuguesa.

Fernando Yukich

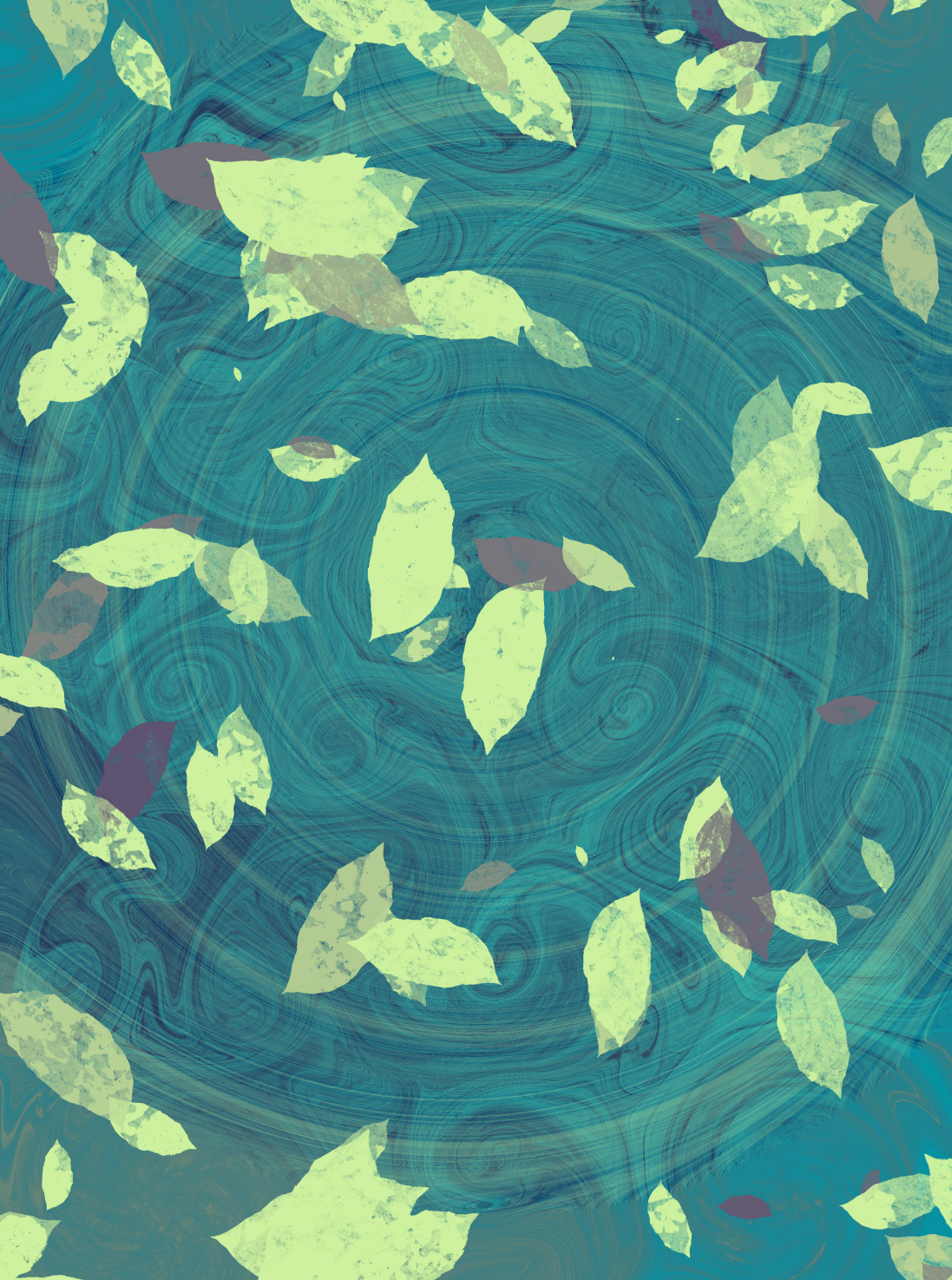
(Talca-Chile, 1998), es Diseñador Gráfico por la Universidad del Azuay, Diseñador de Ilustración por la Universidad de Palermo, dibujante e historietista. Desde 2024 se desempeña como diseñador e ilustrador para la Casa Editora de la Universidad del Azuay, donde ha ilustrado libros para autores como Javier Vásconez y Yanko Molina, además de encontrarse trabajando en su propia novela gráfica, escrita e ilustrada por él mismo. Mientras tanto, puedes abrir un libro de la Casa Editora y quizá encontrarás uno de sus dibujos allí.



(Talca-Chile, 1998), é Designer Gráfico pela Universidad del Azuay, Designer de Ilustração pela Universidad de Palermo, desenhista e quadrinista. Desde 2024, atua como designer e ilustrador na Casa Editora da Universidad del Azuay, onde ilustrou livros de autores como Javier Vásconez e Yanko Molina, além de estar trabalhando em sua própria novela gráfica, escrita e ilustrada por ele mesmo. Enquanto isso, você pode abrir um livro da Casa Editora e talvez encontre um de seus desenhos lá.



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en
enero de 2026 en el PrintLab de la Universidad
del Azuay, en Cuenca del Ecuador.





UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

Relatos vertiginosos donde lo habitual, envuelto en halos de misterio, nos deja volar y especular momentos y circunstancias poco frecuentes, a pesar de lo cotidiano que aparentemente el narrador quiere transmitirnos. Cada historia –estampas– es un trazo que, bajo el uso claro y preciso del lenguaje, nos sumerge en estas historias en las que debemos estar atentos para no perdernos y divagar en nuestro intento de lectura(s). Yanko Molina es un autor que se caracteriza por un estilo limpio y cuya obra permite una reflexión minuciosa de la contemporaneidad y sus vericuetos. *5 estampas del hijo*, es una obra corta pero precisa que consolida al autor como una voz nueva de la narrativa de nuestro país.

Relatos vertiginosos onde o habitual, envolto em halos de mistério, nos permite voar e especular sobre momentos e circunstâncias pouco frequentes, apesar do cotidiano que aparentemente o narrador deseja nos transmitir. Cada história – imagem – é um traço que, sob o uso claro e preciso da linguagem, o autor nos imerge nessas narrativas nas quais devemos estar atentos para não nos perdemos e divagar em nossa tentativa de leitura(s). Yanko Molina é um autor caracterizado por um estilo limpo e cuja obra possibilita uma reflexão minuciosa sobre a contemporaneidade e seus meandros. *5 imagens do filho*, obra curta mas precisa, consolida o autor como uma voz nova da narrativa de nosso país.

ISBN: 978-9942-54-027-0



9 789942 540270